FELICIA

Ruth Vargas Leyva

FELICIA

Ruth Vargas Leyva

FELICIA

FELICIA
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Ruth Vargas Leyva
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Ruth Vargas Leyva
Cuidado de la edición: Guadalupe Rivemar Valle
Diseño editorial: Tomás Perrín Rivemar
Portada: *Muelle de paz* de Héctor Antuna
Foto de la autora: Alfonso Lorenzana

ISBN: 978-607-546-368-1

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

No ignoro que todo esto es falso o vago, como todo lo que ha sido reinterpretado por la memoria de muchos individuos diferentes, anodino como lo que se escribe en la línea de puntos al rellenar la solicitud de un pasaporte, bobo como las anécdotas que se transmiten en familia, corroído por lo que, entretanto, se ha ido acumulando dentro de nosotros, como una piedra por el liquen o el metal por el orín. Estos fragmentos de hechos que creo conocer son, sin embargo, entre aquella niña y yo, la única pasarela transitable; son asimismo el único salvavidas que nos mantiene a ambas sobre la mar del tiempo.

Marguerite Yourcenar
El laberinto del mundo

Primera Parte

1

Federico Palacio vino a verme un día antes de abandonar la ciudad. Me dijo que un día se sabría la verdad, cuando estuviera muerta y ningún Torrrescano mencionara mi nombre: "Otros te recordarán, te rastrearán a través del tiempo y recuperarán tu memoria de archivos olvidados". No entendí lo que dijo. Creí que había soñado que Federico Palacio, juez del estado civil del territorio Norte de Baja California, había caminado por la calle Ruiz, entre la niebla, para confesarme que lo sabía todo.

2

Creo que sueño cuando intento levantar la sábana y mi mano se queda detenida en el aire. Descubro mi piel seca que se pega a los huesos. Extraño la masa voluptuosa que alguna vez estuvo, casi ingrávida, asomada tras el encaje del camisón. Sueño que María Ester entra a la habitación y recorre las cortinas para que entre un viento marino. Lo he soñado todo, incluso la ciudad que nunca dejé de habitar, la misma que Richard J. Stephen trazó en 1887, después de que los doscientos habitantes de Real del Castillo se colapsaron con las minas. Sueño la torre y el mirador del Hotel Iturbe dominando la bahía, el edificio de madera de la compañía inglesa que Buchanan Scott mandó traer cuando llegó procedente de la India, con sus méritos de Caballero de la Orden del Imperio colgando en la solapa. Sueño la at-

mósfera de la bahía, la brisa penetrando las fosas nasales, el olor del mar que cobijó manchas de nutrias. No sé si sueño o es esta sensación de somnolencia, de permanente vigilia ante la muerte, la que me mantiene esperando que se abra la puerta y Telémaco Guerrero extienda la mano, como si no nos separaran ochenta años de ausencia.

A menudo el sonido sordo y estremecido de las persianas que agita el viento evoca el de la veleta de la hacienda de los Félix. Ahora que ha pasado tanto tiempo es como si no hubiera salido nunca de ella. Estoy sentada en la escalera de piedra que conduce al salón, con el cabello abundante cayendo hasta la cintura, con la larga falda de algodón formando un cuenco sostenido por las rodillas y el sudor resbalando entre los senos. Sueño con las paredes de piedra y de adobe revestido, con los largos corredores de La Tasajera. Al cerrar los ojos las imágenes vuelven, como piedras hundidas en el río que pierden peso y emergen pulidas por el paso del agua.

3

Mariela, mi bisnieta, cierra la ventana cuando oscurece, recorre la cortina y me mira en silencio antes de encender una luz tenue. Con los ojos cerrados veo el sol como un incandescente regalo sobre el valle de Bamoa y como un milagro emergiendo del mar de los Distritos Norte y Sur de Baja California. Siento que el agua del mar de Cortés sube al nivel de la cama, moja el cobertor e impregna de un olor salobre la almohada. Cierro el puño sobre la sábana blanca. No hay almejas ni conchas marinas. No hay arena que se pegue a los dedos.

—¿Sueñas? Pregunta Mariela.

Sueño un mundo paralelo nunca habitado y sin embargo conocido. Sueño olores y sabores, el sonido de trenes, el rumor de las olas, el movimiento de las espigas de trigo, el color amarillo de la mostaza cubriendo la colina. Sueño abismos marinos y minas de oro.

Por la mañana la enfermera entra con la ropa de cama. Retira las sábanas y fricciona mi cuerpo vigorosamente con una toalla húmeda, cambia el camisón y me peina. Me habla primero en inglés y después en español. Me dice que la guerra ha terminado, que los *marines* volverán pronto a San Diego y con ellos mi bisnieto Aquiles, miembro de la aviación militar de quien solo recuerdo su voz. Se sienta a la orilla de la cama y extrae un periódico de un gran bolso café; lee las noticias en silencio, a veces sorprendida; otras gozosa. Olvida por esta ocasión que la habitación tiene un ligero olor a orín y a agua putrefacta. Olvida que estoy viva.

4

Veo el color púrpura de la orchilla extraído del liquen que crece en los acantilados costeros del mar de Cortés. Color púrpura que tiñó hace siglos los paños genoveses y venecianos y después las alfombras y cortinas de la corte inglesa, como símbolo de distinción y poder. Me llega el olor del mar. Siento en los dedos de la mano el movimiento de las almejas al retirarlas de las rocas y siento en los pies el agua helada de la corriente de Alaska. Tomo el ferrocarril que va de Tijuana a San Quintín y que pasa por los valles de Las Palmas, de Guadalupe y San Rafael. Atravieso la pe-

nínsula para llegar a bahía de Los Ángeles y ver los lomos de ballenas y de ballenatos. Regreso a San Quintín para ver el molino de trigo y el panteón inglés y contemplar el brillo dorado de los campos de trigo, antes que los carros del ferrocarril se hundan frente a la bahía.

Me sumerjo en el profundo abismo marino como en un largo túnel con una luz al fondo. Una mano que se extiende a punto de tocarme se aleja. Busco en la memoria la distancia continua más larga en el mar que va de cabo de Hornos al norte de Groenlandia, la cartografía más antigua donde aparece la constelación de la Osa Polar, el extremo más occidental, el fin de la tierra.

5

Nació en Bamboa, Sinaloa, un pueblo fundado en 1592, entonces con el nombre de Villa de San Felipe y Santiago, en su momento un asentamiento indígena de origen Pima y Yoreme. Punto de partida del mundo misional jesuítico en el noroeste de México, de donde salió Francisco Eusebio Kino a fundar misiones en Baja California. Vino al mundo después de que Sonora y Sinaloa se convirtieran en entidades libres y soberanas integradas a la Federación.

Felicia Félix, después Felicia Torrescano, olvidó de donde vino. Olvidó la planicie donde se levantaba su pueblo, la arquitectura de sus casas, los 870 habitantes que la poblaban, la hacienda familiar y sus hijos. Lo olvidó todo menos el agua del río cercano, su sonido que anunciaba su profundidad y la fuerza de su cauce; su morfología, a veces rectilínea y en ocasiones sinuoso, su destino que lo llevaba al mar de Cortés.

Felicia nació con la piel blanca y nacarada, premonición de los mares en que un día bañarían su cuerpo. Frente despejada, cabello castaño, ojos grises azulado. Nació con la belleza que atrae las miradas y domina las voluntades de mujeres y hombres. A los catorce años lucía una cintura estrecha, una mata de cabello que le caía por la espalda, senos pequeños y unos dedos largos y finos que denotaban que Felicia jamás realizó ningún trabajo doméstico.

Se asomó al balcón para ver la entrada de Telémaco Guerrero. Bajó a la estancia para que le notificaran su boda con un hombre al que vio por vez primera y a quien recorrió con una mirada abierta y tan directa que él solo acertó a bajar el sombrero a la entrepierna, descubierto en el deseo de poseerla en cuanto la vio descender la escalera, seducido por el roce de sus dedos sobre el pasamanos. Al final, Telémaco supo que había empezado a morir en ese instante, que su tiempo de vida estaba marcado por el sonido de su falda cayendo al suelo, por el olor de su pelo, por la fuerza de sus manos aferradas a la cabecera de cobre del lecho, por el ritmo de su respiración agitada mientras la poseía.

Felicia entró por vez primera a la hacienda de los Guerrero caminando plena de seguridad por los amplios pasillos, oyendo a la distancia los pasos de Aníbal, sintiendo su mirada atenta al ritmo de su pecho. Se volvió dueña para siempre de todo y de todos. Se apropió de voluntades y afectos, dominando, con la sola tensión de su mano en la rienda al alazán, que ya no quiso ser montado por nadie, domeñado por nadie, solo por la presión de sus piernas en su costado, por el olor de su piel y el sabor agridulce de los dedos en su hocico.

Como cruzar una puerta que se abre y se cierra para siempre, pasó a vivir a la hacienda de los Guerrero,

en terrenos húmedos, en su mayor parte, a causa de las filtraciones del río del Fuerte. Tierras adquiridas en las comunidades indígenas de Bamboa y Guasave antes del acaparamiento que se dio mediante compañías deslindadoras para el cultivo de la caña de azúcar, frijol, maíz, cereales y hortalizas. Llegó a habitar la hacienda de techos altos que dominaban los hermanos Telémaco, Aníbal y Ulises, tan parecidos en su manera de reír y de caminar, y donde Adrián, amo y señor de La Tasajera, marcaba con su sello las reses que luego vagarían por la montaña.

Fue Adrián el que cambio los aguamaniles de barro decorado por los de porcelana europea u oriental, mudó la tina de madera rodeada de anillos de fierro donde apenas cabía una persona encogida y doblada por un baño de porcelana que ingresó por el puerto de Mazatlán. La cama que sería matrimonial fue modificada agregando en verano un mosquitero y se cubrieron los colchones con piel de vaca a fin de sentir menos el calor. Se compraron sábanas, almohadas y toallas, manteles y servilletas y las mejores velas. Sin luz eléctrica, fue como si La Tasajera se iluminara con la presencia de Felicia.

6

Al año de casada nació Horacio. Salió de ella por un túnel estrecho y húmedo, algo que se había gestado dentro de ella y sin embargo le era extraño. Felicia no lo amamantó. Una nodriza lo nutrió y lo meció cada noche mientras ella padeció ansiedad, imposibilidad de dormir, miedo a quedarse sola con él. Quedó tendida en la cama viendo el cielo raso que parecía venirse encima, deseando que Telémaco

no se acercara a la habitación, esperando evitar la cercanía de su cuerpo, escuchando el sonido de la lluvia sobre los altos techos, temiendo que los grillos inundaran los pisos y ella no pudiera salir de la cama por el temor de pisarlos, sentir sus cuerpos aún moverse bajo sus pies, escuchar el estertor de su muerte.

Un año después nació María Antonia. Entonces temió a las ranas que croaban toda la noche y amenazaban con subirse a la cama y tocarla con su piel lisa y húmeda. Temió ser atacada, llena de terror entre las sábanas que su suegro compró para su boda y que estrujó como le gustaría estrujarlo a él que la pidió en matrimonio para Telémaco solo para concebir dos hijos que le da miedo tocar.

Aníbal, para rescatarla de su abatimiento, le regaló el alazán, la albarda de cuero talabarteado y las molduras de plata. Montaba desde niña, pero él la enseñó a montar de lado, con las piernas dispuestas sobre la silla ayudándose con una fusta larga para dirigir al caballo.

—Sin prisa, con calma —le dijo mientras la miraba a los ojos sosteniendo la cabeza del caballo.

—Mantén la espalda y los hombros rectos. Las riendas sueltas en todo momento y sujétalas con la mano izquierda. Utiliza tus piernas y tu cuerpo para indicarle a un caballo que se mueva.

Sintió que la voz venía de otro sitio, de una intimidad que desconocía.

A Telémaco no le gustó que cabalgara por la tarde ni que Aníbal estuviera siempre dispuesto a acompañarla mientras él administraba la hacienda y los niños jugaban en largos corredores seguidos de la nana quien también los acompañaba en el baño y la cena.

—Un día te vas a desbocar y Horacio y María Antonia quedarán sin su madre —le dijo.

7

Felicia comía o intentaba comer en la mesa que compartía con su suegro, con Aníbal y Ulises. Donaciana, su suegra, no bajaba nunca al comedor. Era una sombra vagando por la hacienda, que en momentos se inclinaba frente al Cristo en la capilla y rezaba en voz alta con una pasión que la desbordaba.

—Oh, Señor, qué esperas, entra en mí, habítame, hazme tuya.

Donaciana veía siempre de reojo a Felicia, esperando que se equivocara para desatar la tormenta. Había una tensión que atravesaba el aire cuando Felicia esperaba la llegada de Telémaco y Darío insistía en acompañarla.

Durante horas Felicia miraba a través las rejas de la ventana por donde el aire penetraba y circulaba en el casco de la hacienda, donde ahora estaba cautiva, aislada del mundo exterior, como lo ha estado Donaciana a punto de perder la cordura, atada a un hombre que le dio cinco hijos, dos de ellos muertos niños, pero nunca la quiso. Un hombre que solo ama con devoción el ganado, los caballos, las grandes extensiones de La Tasajera.

Horacio corría por los pasillos de la hacienda seguido siempre por la nana. A los tres años interrumpió los rezos de la abuela, desmenuzó el pan de la cocina, lanzó piedras a los grillos. Se dedicó a aplastar con su dedo índice las hormigas que recorrían las paredes en el verano, a descolgar con una rama las arañas que metió a la cama de Donaciana, quien después no pudo conciliar el sueño. El sueño que perdió cuando Adrián dejó de meterse a su cama.

Cuando se enteró de que, al calor de otra cama, había concebido otros hijos. La pesadilla que anticipó al ver por vez primera a Felicia y percibir la mirada de cuatro hombres, la de Darío y la de sus hijos, fijos en ella.

La Tasajera, nombrada así por la carne seca y salada que provenía del ganado vacuno, una carne cuya textura recuerda a la piel de venado nonato. Alguna vez Donaciana leyó que era una parte de la dieta que se suministraba a las personas esclavizadas de origen africano hasta fines del siglo XIX en las Antillas y Brasil. Eso era ella ahora, una piel seca expuesta cada día al sol y a la indiferencia, sin libertad, comprada como una mercancía por una dote 200 hectáreas, entregada a los Guerrero, sometida de manera absoluta a los dieciséis años a la voluntad y el dominio de Adrián.

Felicia habitó en tierra de Bamoa, a 30 metros de altitud, en la baja cuenca del río Petatlán, después llamado río Sinaloa por Pedro Montoya en 1583, que recibe los afluentes de los arroyos de Magdalena, San José de Gracia y Bacubirito, y los fluentes de los arroyos de Ocoroni y de Cabrera. Tierra de lagunas, ríos, canales, de lagunas costeras separadas del mar por una angosta barra de playa. Hábitat antes de los pueblos Yoreme y Guasave. Territorio detenido en el tiempo que solo modifica los ciclos de siembra y de cosecha, que altera la intensidad de la lluvia, que golpeaba los techos de La Tasajera, despertándola a medianoche, igual que la mano de Telémaco recorriendo su cuerpo y susurrando al oído las palabras que ella no pronunciaba en voz alta. Clima tropical semihúmedo día y noche de junio a septiembre que le impidió conciliar el sueño, como lo impidieron los moscos y mosquitos que la obligaron a recurrir a un pabellón para protegerse.

8

En La Tasajera los días transcurrían con la misma monotonía y el mismo ritual de levantarse, bañarse, desayunar. Sentarse en el corredor para sentir el aire correr y meterse por debajo de su falda. Escuchar el mismo sonido viniendo de la cocina y el idéntico ruido de los cubiertos al chocar en la mesa. El paseo a caballo, y en el verano la lluvia que la obligaba a mantenerse dentro del casco de la hacienda. Recorría los largos pasillos con paso firme mientras sus senos se agitaban ligeramente, desprendiendo el olor de su cuerpo que obligaba a Telémaco a quedar gravitando a su alrededor.

—Otro hijo —le rogó Telémaco.

Felicia no quiso otro hijo que la arrastrará con él a la angustia, al temor a los grillos y a los sapos, que la atara a la cama sin deseos de bañarse y vestirse, sin permitirle montar en su alazán y sentir el viento golpeando la cara. Cuando se retrajo, él resintió la pérdida de su eje. Cuando le cerró la puerta le suplicó como un niño, a los treinta años, que le permitiera dormir a su lado, pasar la mano por su cuerpo, saturarse del olor de su piel. Le negó el acceso a la alcoba. Telémaco montó su caballo y salió a medianoche, lo encontraron dos días después despeñado en el barranco. Tenía los ojos abiertos, como si recordara o quisiera dejar la imagen de Felicia detenida en su pupila.

Felicia no lloró. En la canícula, el período más cálido y menos lluvioso del verano, se sentó al final del corredor a aliviar el intenso calor. Levantó la larga falda de lino hasta sus rodillas y sus pies, pequeños e intensamente blancos, aparecieron como una luz que iluminó las baldo-

sas. Abrió la camisa donde asomó una piel transparente y dejó que el escaso aire penetrara inundándola. Su mirada se extravió, quedó suspendida en un punto hacia el infinito. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que percibió la figura de un hombre que le trajo el recuerdo de Telémaco. Cerró los ojos hasta que el olor de otro cuerpo encima del suyo le advirtió de la presencia de un hombre que la besaba. Era Ulises que intentaba forzarla. Gritó hasta que Aníbal llegó y lo separó de ella.

—¿Cómo te atreves a tocarla? —gritó

—Me atrevo. La he deseado desde que llegó a esta casa. La quiero para mí, para mi deseo y voluntad.

—Va a ser mía

—Que sea mía también.

En ese momento Felicia se enteró de las pasiones desatadas, del calor agobiante de ese verano. Se enteró de que bastó que atravesará el umbral de la hacienda para que Aníbal y Ulises no quisieran ver a otra mujer. Como una ráfaga le vino a la mente el roce de las manos, las miradas atentas, la silla de cabalgar regalo de Ulises, la joya que Aquiles le regaló con el pretexto de su maternidad, los abrazos prolongados en los cumpleaños, la aparente serenidad de ambos a la muerte de Telémaco, que debió ser la esperanza de hacerla suya. Lo entendió todo. Se mataron frente a ella, odiándose y odiándola.

9

El aire quedó suspendido. Creció un silencio que arrastró el rumor de las hojas. Un viento cálido atravesó La Tasajera. Donaciana lo supo en ese momento. Fue como una corrien-

te de sangre precipitándose en el corazón. No hizo ninguna pregunta cuando vio los cuerpos tendidos en el piso. Sabía del deseo de Aníbal por Felicia que ella contenía llevando a la hacienda periódicamente a alguna mujer. Aunque no era la que él deseaba. Creyó mantenerlo a distancia hasta que él se empeñó en estar cerca de Felicia bajo el pretexto de acompañarla a montar. Donaciana llegaba a la capilla de la hacienda, entraba de rodillas, se tendía en el piso y rezaba para que ningún deseo prohibido lo amenazará, para que no saliera de su alma y su cuerpo la tentación de penetrar a la mujer de su hermano. Desconocía la pasión de Ulises, como se desconoce en ocasiones a las personas que creemos conocer. Había perdido a sus hijos en una tragedia familiar que intentó evitar, aquella que anticipó, aunque ello significó pasar más tiempo con Felicia, acompañarla a tejer, vigilar su presencia amenazante como un péndulo que inevitablemente cae sobre la cabeza.

Donaciana encerró a María Antonia en una recámara a cargo de la nana y dejó que Horacio corriera por la casa como un animalillo extraviado, sin un objetivo y sin un refugio. A Felicia le prohibió salir de su habitación para no dar explicaciones. A su marido lo dejó llorar en los establos. Por primera vez sintió que había tomado posesión de la hacienda, con sus objetos y las personas que la habitaban.

Felicia recordaba los cuerpos, la herida de cuchillo que penetró el corazón de Aníbal y produjo un chorro de sangre que ella intentó detener con las manos, mientras Ulises se desangraba. Quedó absolutamente sola. Miraba al cielo buscando una señal. Buscaba el verdadero norte, la estrella polar inmóvil junto al movimiento aparente del resto de estrellas a su alrededor. Deseaba haber nacido con un mapa estelar completo y preciso en la mente para guiar-

se por corrientes marinas, bordear costas, cruzar mares. Buscaba como orientarse en las largas noches en que sucumbía en un océano de recuerdos.

Una mañana, al salir de su habitación, Adrián la detuvo. La tomó de la muñeca izquierda y dijo: Perdí dos hijos, te corresponde darme dos hijos. No se refería a Horacio y a María Antonia. Hablaba del deseo de poseerla.

—No se atreva a tocarme —gritó.

A mitad del pasillo, Donasiana escuchó la voz de Felicia y apresuró el paso.

—No la tocarás —le dijo tomándolo por el brazo.

Él la miró desconociendo la autoridad que imprimía a su mandato, y para sorpresa de ella dio media vuelta y se marchó. Esa noche Donasiana abrió la puerta de la habitación que había sido de Telémaco y Felicia. Se sentó frente a ella y con una decisión y una voz que ella misma no reconoció le dijo que tomara sus cosas y se marchara sin sus hijos. No lloró. Tenía veinte años el día que abandonó La Tasajera, que renunció a Horacio y a María Antonia para siempre. Que dejó el calor húmedo y la vegetación para asumir su destino.

Segunda Parte

10

Felicia dejó La Tasajera y a los Guerrero sin equipaje, ni eso permitieron llevar. Se marchó para siempre sin María Antonia y sin Horacio. Si le hubieran leído las cartas, sabría que su destino y el de María Antonia no volverían a cruzarse, que su vida queda marcada por su ausencia, presidida por el fantasma de sus pasos sobre las baldosas, habitando esa casa donde los recuerdos se acumulan como objetos inertes en las estancias, en las alcobas, en el guardarropa donde la seda y el encaje se apolillan.

11

María Antonia, tan parecida a Felicia y sin embargo tan distinta, ausente, como si buscara su mirada, como si sus brazos se hubieran guardado para su madre incapaces de levantar el vuelo, como si su cuerpo estuviera contenido bajo los encajes y la seda de los vestidos que usó a pesar de las protestas de Darío Guerrero, que la vio buscando la piel de Felicia, el caracol rosado de sus orejas, la curva del seno apenas dibujado. La olió buscando una esencia de nardos. La escuchó esperando el timbre de otra voz. Pero no la encontró porque Felicia solo vivió en la nostalgia de Darío Guerrero, quien no permitió que nadie la tocara, solo para mirarla y mirar en ella a otra mujer. Cuando la maledicencia lo obligó a que María Antonia se vistiera de novia, se resistió para no privarse de su presencia que era la de Felicia.

Cuando los pasos de Darío Guerrero resonaron a la puerta de la alcoba, María Antonia giró sobre los talones como una aparición, con la mantilla de fino encaje cayendo sobre la frente.

—María Antonia, usted me ha obedecido siempre.

— Sí, padre.

— Ordene lo que ordene, ¿usted está dispuesta a obedecerme?

—Sí, padre.

— Entonces quítese ese vestido, póngase el traje de montar y cabalgue hasta La Alzada.

María Antonia ya no lo escuchó. La manera de pararse, de asir el sombrero entre las manos, de ordenar como si ella no tuviera voluntad propia, le dijo que nunca saldría de La Tasajera, que no la dejaría irse vestida de novia, que el poder de Darío Guerrero —su abuelo, su padre, su hermano, su señor y su Dios, el omnipotente y omnipresente, el omnisciente dueño de La Tasajera y de La Alzada, señor de la tierra hasta donde alcanzan a ver los ojos, más allá de la montaña y los valles— se erigía en rector de su vida para cambiar su destino como antes cambiara el de su madre.

Veintidós años amada y mimada por todos. Veintidós años virgen, guardada en ese relicario que fue La Tasajera. La santa niña María Antonia cada vez más pálida, bendecida por todos los que la aman a quienes da una sonrisa, una ramita de epazote, una canasta de mangos, una esperanza cuando no posee ninguna.

12

Cuando María Antonia vuelve de La Alzada tiene veinticinco años, demasiados para una mujer, pocos para los treinta más que habría de vivir. Desmontó del caballo, regalo del abuelo que cada cumpleaños le envió un presente; el primero, una mantilla negra que le cubrió el rostro y que hacía pensar a quienes la miraban, en La Dolorosa; el segundo, un gran arcón donde anheló guardar las cartas de Fernando, que no llegan porque Darío las manda quemar a su arribo. El mejor regalo fue el tercero, porque sin saberlo Darío lo monta a pelo cada noche, con las piernas tensas sintiendo el roce suave del pelaje en los muslos desnudos. El trote del caballo golpeando las nalgas.

Desmontó de *El amado*. María Antonia ya había tomado una decisión. Solo entonces se pareció a Felicia. A una la movió la urgencia de la carne, a ella la necesidad de otra carne que saliera entre sus piernas, que pudiera sentir prendida a su seno, que durmiera sobre su pecho mecida al ritmo de su respiración. Mala suerte que fuera Pánfilo el que se le atravesó, porque María Antonia había jurado huirse con el primer hombre que viera, y el primero fue un muchacho alto, blanco, con la faja enrollada a la cintura, mirando a los diecisiete años a la mítica niña María Antonia, la heredera natural, muerto Darío, de la riqueza de los Guerrero.

Darío creyó que había llegado para quedarse. María Antonia supo que era la última vez que veía La Tasajera. Gozó cada rincón de la casa y pasó largas horas en el baño que Darío mandó construir para ella, con mosaico azul claro, taza decorada con depósito de agua a dos metros de altura, y el espejo en forma de gota con dos ninfas ayudando

a ascender a otra ninfa sonriente. En una ocasión en que se inclinó para recoger la pastilla de jabón, María Antonia leyó en el filo inferior de la tina de baño: C.M Rumsey M.F.C. Co. St. Louis Mo. Habitó la amplia alcoba, que alguna vez fue de Felicia, reflejada en el espejo del enorme guardarropa rematado por la talla de dos querubines, sostenidos sobre una guirnalda de flores. Recorrió las estancias tocando las paredes con las yemas de los dedos, los muebles de madera, los sillones de mimbre, donde alguna vez se sentó en las piernas de Felicia y ella le dijo que la amaba.

13

Si le hubieran leído las cartas, Felicia se habría enterado de que su primogénita, la verdadera, no evadió el destino que le impuso con su partida, que María Antonia nunca salió de la limitada geografía de Bamoa, El Jipón, La Pichihuila, Topolobampo y Los Mochis, que no pudo escapar de la soledad que dominó su vida, porque los Félix dispusieron que, si María Antonia se quedaba con los Guerrero, Horacio se quedaba con ellos y él creció viéndola como una rival. Si le hubieran leído las cartas, Felicia se hubiera enterado de que su primogénita fue despojada de todo, despojada hasta de la esperanza que nunca más volvió a conocer.

Cuando María Antonia huyó sabía que con Pánfilo no tenía futuro y que tampoco lo tenía en La Tasajera. A ella le leyeron las cartas, y supo que su destino se reducía a dos opciones: a estar dentro de La Tasajera, virgen impoluta, estrella de la mañana, torre inexpugnable de marfil para Darío Guerrero, puerta del cielo que él nunca gozó, o estar

fuera de ella, madre amantísima de nueve hijos, madre de los desamparados de padre como serían los suyos, madre dolorosa de los hijos que morirían y de los que desertaron. Madre de los desposeídos como lo fue ella, madre misericordiosa para quienes tocaron a su puerta y con quienes compartió lo que no poseía.

—¿Cómo te llamas?

—Pánfilo, niña María Antonia.

—Ensilla mi caballo y ensilla otro para ti.

—¿Por dónde quiere ir, niña María Antonia?

—Por donde tú vayas, Pánfilo.

Pánfilo creyó que María Antonia se burlaba, con el paso de los días se dio cuenta que ella iría por donde fuera él. Darío no pensó que ella se fijara en un empleado de los Guerrero, por ello cedió a lo que le llamó el capricho de María Antonia: tener un mozo solo para ella.

—¿Para qué un mozo?

—Para darme el gusto, padre.

14

Cuando Telémaco se despeñó en el caballo, Ulises y Aníbal se mataron uno al otro y Felicia marchó de La Tasajera, Darío Guerrero fijó la veleta. Por ello María Antonia intuyó que su madre habitaba el norte y que no regresaría nunca. La recordó cada día, hasta que desgastó la memoria y se convirtió en un trazo vago. Se miró ante espejos que la reflejaron en el armario construidos para guardar su vestuario. A los veinticinco años vistió el traje de montar de su madre. Abrió los armarios y dejó que la esencia de la piel de Felicia se diluyera entre el olor del tiempo. Deslizó los

dedos por las telas y encajes, por los bordados de los trajes de noche que nunca usó encerrada en el casco de La Tasajera. En el confinamiento de la habitación que su abuelo y su padre redecoraron a la llegada de Felicia recorrió con la vista las paredes, los altos techos, los muebles de madera labrada, los grandes ventanales, el enrejado que la aisló del exterior, que en este último día la aisló del mundo.

Me llevo lo que es mío porque fue tuyo. Me voy como tú te marchaste: sin voltear la cabeza. Qué bueno que no te perdiste en este laberinto. Lo único que me duele, mamá, es que no veas vestida de novia a tu única hija.

Se dio el gusto de escapar de La Tasajera. Si a Felicia le pidieron que abandonara La Tasajera, ella se fue dejándolos sorprendidos e impotentes. Si a la primera le desearon que nunca volviera, a ella la esperaron siempre. Su habitación se conservó intacta, como si estuviera a punto de abrir la puerta. En los años que vendrían abrió muchas puertas, y a punto de morir creyó que abría por última vez la puerta de la casa que le pertenecía con todo lo que contenía, incluyendo el casco de la hacienda, la montaña y los valles, la puerta de su única casa, porque las otras las habitó sin poseerlas. Se dio el gusto de tener un compañero en la cama, porque fue lo único en que Pánfilo cumplió. Se dio el gusto de ser madre amable, madre admirable, madre agotada de hacer pan, de sentarse frente a la máquina a coser hasta que los ojos y las fuerzas le faltaron; madre prudentísima quien nunca se quejó de que Pánfilo lo perdiera todo en las cartas.

Tercera Parte

15

Felicia nunca imaginó que su destino la llevaría tan lejos en la distancia y en el tiempo. No llevó nada cuando se marchó. Cuando llegó a la casona de los Félix encontró que no era bien recibida. Ni su esposo ni sus cuñados habían tenido acceso a una dichosa muerte, en la cama, rodeado de cuidados familiares y espirituales de parte de un párroco que pusiera al agonizante en contacto con los seres celestiales. El pecado de Felicia no podía ser perdonado a través de la confesión, requería ser exonerado de las consecuencias penosas del mismo.

Su madre la acogió, la bañó como a una niña, la abrazó contra su pecho. Su padre le dio, en cambio, una cantidad de dinero para que marchara a Mazatlán

—A otra tierra, a otro destino en el fin del mundo —dijo su padre.

En ese momento, Felicia tuvo la intuición de que todo acontecimiento podía ser predicho, anunciado. De que el fin del mundo, donde estuviese, tenía el significado de una búsqueda, de un puerto donde arribar. Era un hueco abierto a todos los significados. En esas palabras aparentemente banales, salidas de la boca de su padre, había un destino. Había un final sin tiempo que imaginó como una cartografía. Un mapa de habitaciones anunciadas, de calles recorridas, de árboles estremecidos. El momento de una revelación que era como una hendidura, un resquicio, un intersticio por donde ella podía entrar a otra realidad.

Su hermana mayor, quien vivía en Mazatlán, la recibió en su casa. Se había casado con uno de los cincuenta y siete españoles que habitaban el puerto. La pareja de Enrique Echeguren y Florencia Félix vivían unidos en matrimonio religioso, mas no civil, por no ser costumbre común ni existir Registro Civil en el puerto. La familia estaba en negocios relacionados con el comercio, la industria y la minería.

Mazatlán, ciudad de traza desordenada y calles estrechas que para entonces contaba con 17,000 habitantes y más de quinientas casas comerciales y fábricas de industrias tabacaleras, textilerías, zapateras, cerveceras y de fundición, cuyos propietarios eran de origen extranjero. Desde el puerto se controlaban el mercado regional y se intercambiaban tráfico mercantil con los puertos de Guaymas, La Paz, San José, San Blas, Manzanillo y Acapulco, así como a los puertos de San Pedro y San Francisco en la Alta California. Al sur se encontraba el presidio de San Juan Bautista o presidio de los mulatos de Mazatlán.

16

A Florencia la habían casado a los trece años con un tío de veintinueve años, previa dispensa civil y eclesiástica, del que enviudó a los diecisiete. Con Enrique Echeguren se casó a los diecinueve. Ella aportó a ese matrimonio 3,000 pesos de su herencia de viuda, una tercera parte de la hacienda de los Félix y algunas alhajas familiares. Él aportó dos casas comerciales y la casa habitación donde residían y derechos de un real de mina. Habían procreado tres hijos. Su dote le permitió no estar sometida. Por la mañana salía a caminar por la playa y se tendía en las dunas acompañada

de los niños y la niñera. Tomaba té con sus amigas y en ocasiones asistía al teatro.

La recibió con el calor de quien no ha visto a su hermana en años. Quiso saber si extrañaba a Horacio y a María Antonia. Felicia se quedó con la mirada fija en el inmenso mar Pacífico, en los barcos que anclaban y en los que se alejaban, en las naves que mantenían el comercio de cabotaje con los puertos de Baja California, y con San Francisco al norte. Buques mercantes de Inglaterra, Francia, Estados Unidos. Sudamérica y de Asia, así como nacionales utilizaban el puerto para descargar toda clase de mercancía que incluía contrabando de fabricación europea y oriental -que evadía el pago de impuestos a través de sobornos- para ser distribuida en Sonora, Jalisco, Durango, Colima, Chihuahua y las dos Californias. En el puerto de Mazatlán Felicia se dio cuenta que no podía volver la vista atrás. Por vez primera sintió que era dueña de su vida y su destino.

—Nunca los volveré a ver. —Su tono de voz confirmó la decisión tomada.

—Pero son tus hijos, Felicia, ¿qué será de ellos?

—No tengo más hijos que los que llevaré en el vientre —respondió.

17

Hospitalario y ameno en su conversación, Echeguren encontraba a los sinaloenses aficionados a los juegos de naipes y a montar a caballo. Estaba rodeado de numerosos amigos, muchos profesionistas, también comerciantes; algunos nacidos en el puerto, la mayoría extranjeros dueños de minas

que exportaban en plata acuñada, en pasta y en mineral. Pero el ambiente era incierto. Recién había abandonado el puerto la invasión francesa. Con ideas liberales, los extranjeros se mantuvieron neutrales en el conflicto, pero pesaba sobre ellos la supuesta complicidad con los invasores.

18

Enrique y Florencia vivían en Olas Altas, habitada por una numerosa colonia extranjera integrada por empresarios, banqueros, políticos, comerciantes, industriales y profesionistas. La zona gozaba de abundante agua potable, alumbrado público, calles pavimentadas, letrinas, paseos, teatro, hoteles, mansiones de arquitectura alemana, francesa e italiana, lejos de las zonas habitacionales sin servicios básicos.

Si la hacienda de los Guerrero tenía comodidades, la casa de los Echeguren contaba con dos plantas, pisos de madera canadiense y vajilla inglesa. En su mesa se consumían no solo carne de res y de cerdo sino también pescado ahumado, ostiones, cerveza de jengibre, vinos de la Rioja y de Francia, pasteles y otras bebidas suaves y dulces. Florencia usaba finos vestidos de algodón y de seda traída de las Filipinas, linos importados de Alemania y se cubría con chales de crepé chinos. En una cena que ofrecieron, Florencia lució una hilera de finas perlas negras extraídas de las profundidades del mar de Cortés y un vestido confeccionado con terciopelo de Utrecht y de lienzos de seda. La belleza y apariencia delicada de Felicia llamó la atención de uno de los invitados. La habían presentado como una joven viuda, sin hijos.

Jesús Torrescano encontró en ella cierta reserva, una forma de ambigüedad, una extraña manera de mantenerse distante y sin embargo cercana, de sugerir una privacidad que le añadía misterio. Vio en ella un aire de fragilidad y desamparo. Desamparada, sí. No tenía nada cuando dejó La Tasajera, nada se le permitió llevar. Ni las alhajas que le dio su familia antes de casarse ni las que le regaló Telémaco por cada hijo engendrado. No había nada frágil en ella, excepto la constitución de su cuerpo.

Jesús visitó en varias ocasiones a los Echeguren para verla mover su cuerpo delgado y flexible, girar la cabeza, levantarse de la silla, sonreír y caminar dando la sensación de que se desplazaba el aire. Le habló de su interés por los mapas, de sus dimensiones de diez centímetros de diámetro, hasta mapas de dimensiones monumentales. Le narró de su visita a la galería de los Uffizi, en Florencia, donde se encuentran todos los mapas del mundo.

—Tallados en arcilla y en hueso, trazados en piel y en corteza de abedul, sobre vitela y en paneles de madera. Incluso, hay un mapa del país del amor donde aparecen los confines del mundo y la tierra incógnita.

—¿Todos los mapas son verdaderos?

Jesús pensó que Felicia era una mujer inteligente y curiosa.

—No. Algunos contienen islas que no existen, costas que se desdibujan con un roce de dedo.

— Si me guío por un mapa, ¿llegaré con certeza a mi destino?

—No, Colón creyó que había llegado a las Indias y llegó a otro sitio que cambió el mundo conocido, aunque él no lo supo. Con frecuencia no sabemos si hemos llegado a nuestro destino. Solo cuando viajas trastocas los límites del mundo imaginado. Nunca posees su imagen íntegra porque

es una ruta que transitas paso a paso y en ese momento, solo ese pequeño territorio, el de uno de tu paso, se te revela. Ningún mapa es verdadero ni te conduce necesariamente a donde deseas.

—De los mapas que se han trazado, ¿cuál es el más exacto?

—Ninguno. Hay islas que surgen y playas que se hunden. Hay tierras bajo capas de hielo. Hay cordilleras que se elevan en el fondo del mar, donde también hay abismos. No hay un mapa más exacto que otro. Todos son aproximaciones de la realidad, iniciando con la escala con la cual fueron trazados.

Jesús Torrescano encontraba cualquier pretexto para llegar a la casa de los Echeguren.

Una tarde en que caminaban por el malecón, Felicia escuchó a Jesús Torrescano hablar de un viaje próximo y de su futuro, como algo muy lejano para ella. De pronto la abrazó, transmitiendo el amor que sentía después de verla moverse con su cuerpo delgado y flexible, de girar la cabeza, de sonreír y desplazarse con seguridad en cualquier sitio. Le pidió matrimonio mientras el aire agitaba el cabello de Felicia y el calor de la tarde dejaba una película ligeramente húmeda en su pecho. Giró la cabeza y lo miró profundamente, vio después el agua del mar que se diluía en la arena y tomó una decisión. Aceptó.

Jesús Torrescano había llegado de España a México por Veracruz para radicar en Ciudad de México, invitado por un familiar que se empleaban en una casa comercial. Ahorró para independizarse y fundar un negocio propio, lo que lo trasladó a Mazatlán invitado por un paisano. Tenía 39 años cuando desposó a Felicia. Declaró ser originario de Madrid y ser comerciante. No se casaron por la

iglesia. El matrimonio canónico era más la excepción que la norma. Solicitaron dispensa para contraer matrimonio ya que Jesús tenía que viajar en cinco días al puerto de la Paz, en Baja California, como agente de Echeguren, a abrir una oficina importadora de artículos de consumo directo, textiles, mercería, herramientas, abarrotes, vinos y licores, proveedoras de insumos para el trabajo de las minas. También porque quería alejarse de las marismas en temporada de lluvias, de las altas temperaturas y humedad existentes en el puerto, de enfermedades como la malaria y el paludismo. Lo motivó el auge minero, las noticias de plata en El Triunfo y San Antonio y las de cobre en Santa Rosalía.

Antes de marchar de Mazatán, Felicia consultó el Tarot. La mujer que leyó las cartas le dijo que la lectura era personal e intransferible, que el Tarot se vinculaba a la Cábala y que había una clave mística en las setenta y ocho cartas divididas en Arcanos mayores y menores. Le diría de su pasado y de su futuro. Colocó las cartas sobre la mesa, boca abajo, las mezcló en forma circular, en sentido contrario a las agujas de reloj. Con la mano izquierda cortó en tres partes tres veces y puso el mazo en el centro de la mesa para iniciar la lectura.

—La mujer con una rodilla en la tierra sobre un pedestal escribe tu historia. La espada que sostiene en la izquierda coloca a cada uno en su justo lugar. Ten cuidado. Se atraviesa Thor que te protege y Osiris que te trae del olvido. La sacerdotisa eres tú, simboliza a la mujer contradictoria. La diadema en forma de cuernos significa tu oficio de encantamiento. La luz está en el hemisferio norte de la esfera que porta, en el sur la sombra. La cruz sobre el pecho representa los cuatro puntos cardinales, pero hay un agua helada que viene muy del norte. La palabra Torá es la verdad medio oculta. El Dos de Bastos trae la muerte y el

Tres de Bastos los obstáculos vencidos por el amor. Voltea otra carta, guarda silencio, sorprendida, y recoge las cartas.

—No te leeré más.

19

En el vapor que los transportó, Felicia vio por vez primera el mar de Cortés, el primer atardecer donde el cielo se cubre de nubes, el sol se sumerge en el mar y el cielo se tiñe de rojo. Le produjo una sensación abrumadora la bahía de la Paz, limitada por el golfo de California, por las islas Partida y Espíritu Santo; protegida por una barra arenosa, zona rica en placeres perleros. Creyó que todos los golfos y los océanos eran iguales. Nadie le dijo que el pez gallo y el elefante marino o el lobo de mar que descansa en grandes manadas sobre los arrecifes rocallosos en el golfo de California son parte de una zoología mítica, que el pez con un ojo del tamaño de un buey en la parte más elevada de la cabeza, ha hecho de este mar a su último reducto. Vio el pez sierra y el pez espada, la vaca marina, la mantarraya y la totoaba, las ballenas emergiendo poderosamente sobre la superficie del mar para regresar con el rugido de una cascada de agua. Nadie le dijo que la sirena con los pechos y el cuello muy blancos solo habitaba el sitio privilegiado de puercos marinos y totoabas. Creyó que las ballenas parían a sus crías en todos los mares y que los delfines estarían para siempre, como una mancha densa bajo el agua.

Se sumergió, vestida, en la bahía de la Paz. Quiso volver a la condición primigenia, ser agua, ser molusco, ser pez. Jesús Torrescano la rescató para él, para su dicha y la

continuidad de su nombre. La rescató para su muerte, pero no lo supo. Felicia tampoco supo que no podía escapar al destino.

En ese momento, ya no hubo marcha atrás. Debieron atarla al mástil. Le ganó el agua, el océano al que ya nunca renunciaría, y supo que ni el Fuerte, el Humaya o el Tamazula ni todos los ríos de Sinaloa tenían juntos el caudal de la corriente marina, que nunca podría ver a través de ellos, como veía ahora desplazarse los bancos de peces y el coral.

El puerto de la Paz era mucho más pequeño y menos cosmopolita que Mazatlán, rodeado de montañas desnudas y playas ardientes, de mares agitados y vientos. Puerto del que salía la plata y entraban los artículos e insumos necesarios para las labores mineras. También vivía el mayor número de extranjeros existentes en la península, 363 de los 595 registrados en ese año, en su mayoría franceses, portugueses, alemanes y españoles. Felicia tuvo la certeza que bajo sus pies se encontraban herramientas de piedra, conchas de madreperla y caracoles, restos de animales marinos y terrestres y artefactos de pesca desde hacía miles años. En esa estrecha plataforma que era la península estaba el fin de la tierra, el límite de la nada que era para ella el futuro desconocido que imaginaba diferente.

Jesús tuvo que optar entre radicar en San José del Cabo, importante zona de producción agropecuaria, y un puerto de arribo de barcos extranjeros procedentes de California, Sudamérica o islas Sándwich, o en La Paz, capital política y administrativa del territorio peninsular, cercana con el área minera. Lugar de explotación de perla, donde se había extraído la más grande jamás conocida, parecida a un limón y de una pulgada de diámetro. El único puerto autorizado para introducir efectos de procedencia extranjera y

para comerciar con ellos en otros puertos de la República. La ciudad contaba con 22 manzanas, ciento once casas habitación, un edificio comercial, una casa de gobierno, una iglesia construida con piedra de cantera y un cementerio.

Se instalaron contiguo al edificio comercial, en una casa de un piso, con una sala de recibo, un corredor alto lleno de luz, dos dormitorios y la cocina, además del huerto y el baño. Algodón, linos, abarrotes, mercería y ferretería venían de fuera, mientras la región ofrecía cueros, sal, queso, carne seca, sebo, mantequilla, higos, pasas, aceitunas, vaquetas y vino, entre otros productos.

El calor seco se suavizaba con la brisa del puerto. Jesús Torrescano se presentó con los comerciantes y perleros importantes, entre ellos con Carlos Cornejo, Antonio Ruffo y Gastón J. Vives, jefe del Ayuntamiento y gerente general de la Compañía Criadora de Concha y Perla de Baja California, S.A., también con negocios en la agricultura, ganadería, comercio, salinas y minería. Se acostumbró a tomar damiana como té en la mañana, endulzándolo con piloncillo en lugar de azúcar, en parte por su sabor, en parte por las virtudes afrodisiacas que se le atribuían.

Ambos se acostumbraron al paisaje de matorrales y mezquitales, de manglares y dunas costeras, a los parajes compuestos de cactáceas y oasis de palmeras y esteras con exuberante vegetación, teniendo como fondo enormes montañas. Se acostumbraron a la zorra del desierto, el borrego cimarrón y el tlalcoyote, al lobo y el elefante marino, a los delfines y las focas, a las gigantescas ballenas azul y gris que se anuncian con un soplo y un chorro de agua lanzado al aire. Conocieron a los indígenas guaycuras que habitaban la región de Loreto, que creían que el sol, la luna y los luceros eran hombres y mujeres, quienes le dijeron que no mirasen a las Cabrillas del Cielo porque el mirarlas aca-

rreaba muchas desdichas e infelicidades. Todo era distinto y nuevo excepto el sol abrasador, el calor siempre presente en una región donde escasamente llueve.

Felicia aprendió a preparar el camarón, la langosta, el abulón y el calamar recién salidos del mar. Con conos de piloncillo, canela, clavo de olor, en ocasiones harina o con pan blanco duro, aprendió a hacer chimangos y empanadas de frijol dulce, acompañados de un té de damiana, así como conservas de dátil, papaya verde, mango e higo. Jesús llevó a casa chorizo de abulón, vino de uva pasa y de granada, dátiles y dulce de pitaya.

Amaba ese paisaje, la fauna de nutrias que habitaba las costas del Pacífico, desde las Aleutianas hasta la bahía de Vizcaíno, que atrapaban cazadores rusos para negociarlas en el puerto chino de Guangzhou a cambio de té, sedas, porcelanas y otros productos que luego se vendían en Europa y los Estados Unidos. Esperaba ansiosa cada año el mes de febrero, cuando las ballenas concluían su travesía desde Alaska de regreso a su lugar de origen para aparearse y alumbrar a los ballenatos en las aguas templadas y ricas en nutrientes en bahía Magdalena, y veía con temor el asedio las focas, lobos y elefantes marinos por cazadores rusos, europeos y norteamericanos, sin regla alguna.

20

Francisco nació en La Paz un mes antes de lo previsto porque anhelaba ver el mundo, justificó su madre, que, en su tercer parto, mantenía la esbeltez y la belleza de una piel sin estrías, de unos muslos y senos aún firmes. No hubo irritabilidad, ansiedad, insomnio o tristeza. No hubo grillos ni

sapos amenazantes. Solo tuvo el impulso de ofrecer el seno al recién nacido, de sentir la succión y la leche fluir dándole un sentimiento de placer y tranquilidad, de tomarlo entre sus brazos y mecerlo. Por unos segundos Horacio y María Antonia llenaron su mente. Una imagen que empezaba a desvanecerse, que se diluía entre el rumor de las olas, que se desdibuja en el confín de la tierra. Todos sus abandonos habían significado el fin del mundo y estaban soterrados en su corazón. Un año más tarde nació Fernando.

21

Estimulado por el descubrimiento de placeres y yacimientos de oro en el valle de San Rafael, que propició la formación de poblados como Real del Castillo, El Álamo y Ensenada, un grupo de comerciantes entre los que se encontraba Jesús Torrescano, salieron de La Paz hacia el Partido Norte de la Baja California en julio de 1882. Los convenció la fiebre del oro en Real del Castillo, vía de entrada de mercancías y provisiones de San Diego y San Francisco con destino a los centros mineros. La nueva ley de colonización permitía la entrada de capitales extranjeros. Se habían empezado a vender lotes en los predios que poseía Pedro Gastélum Duarte en la bahía de Ensenada de Todos los Santos, que ascendían a 3,511.22 hectáreas. Se enteraron que la ganadería, al igual que en el caso del sur de California, era el sostén principal de la economía del Partido Norte, y de la presencia de estaciones balleneras a lo largo de la costa occidental de Baja California, bahías Magdalena y Vizcaíno, en Ojo de Liebre, Santo Tomás y Punta Banda. Se podía explotar el pino blanco en San Pedro Mártir, San-

ta Catarina y Jacumé, así como beneficiarse de las siembras de invierno y verano que cubrían los cultivos de cebada, papas, calabaza, sandías y melones. Abundaban manchas de erizo, almeja, langosta y abulón en el océano Pacífico. Había ballenas, lobos, focas y elefantes marinos en la Isla de Guadalupe, en San Quintín y en Punta Banda, y la mancha de nutrias se extendía desde el Rosario hasta Santo Tomás

Les describieron el futuro de una ciudad que Luis Huller y Sisson concibieron con amplias calles y avenidas, una plaza de 500 metros cuadrados, un muelle de 250 metros, una estación de trenes, hoteles, una ciudad llena de tiendas, pequeñas factorías, templos, estación de trenes, que pronto tendría 3000 habitantes. Con conocimiento de la política, algunos de ellos se colocaron en aduanas. Feliciano Aldrete en la aduana marítima de San Quintín en cuya bahía se extraían, procesaban y exportaban sal. Otro viajó a la isla de Guadalupe donde cobró impuestos a los estadounidenses que explotaban guano. Jesús Torrescano viajó directo al puerto de Ensenada donde esperaba convertirse en agente aduanal.

Arribaron a una ciudad de 2500 habitantes con tiendas, pequeñas factorías, templo, estación de trenes y casas de madera. No todo era tan prometedor. Más de treinta barcos de Estados Unidos pescaban ballenas y extraían abulón y pescado en la isla de Guadalupe e isla de Cedros sin pagar impuestos, sin que nadie les impidiera nada debido a que no había guarda costera. La región era insegura. Se moría emboscado en los caminos o a causa de las heridas de bala que causan los amotinamientos en el cuartel general del batallón. Las aduanas eran fuente de conflictos. En más de una ocasión la aduana fue asaltada, se apoderaban de plata, oro y efectivo, y el edificio de adobe fue incendiado con dos celadores y el administrador adentro. Era

frecuente que los administradores de la Aduana Marítima solicitaran la comisión de un destacamento militar a Ensenada para apoyar el movimiento de la aduana y combatir el contrabando, esta actividad le había costado la vida tanto a administradores como a celadores comisionados en las aduanas de San Quintín y de Tecate.

El arribo a Ensenada coincidió con la promulgación de la ley de colonización de 1883 con la cual el gobierno mexicano otorgó facilidades a compañías colonizadoras y colonos interesados en establecerse en Baja California. En menos de dos años arribó un grupo de colonos, muchos de ellos extranjeros bien educados, entre ellos Maximiliano Bernstein, agente de la compañía colonizadora, con inversiones en minas, dedicado a la comercialización de orchilla, propietario de un molino de harina que tenía capacidad de 30 barriles diarios. Amigo de Feliciano Aldrete, colocado en puestos burocráticos, Jesús adquirió conocimientos sobre los reglamentos para importación y exportación de mercancías, así como para exención de impuestos que le permitieron ser contador oficial de la aduana en Tijuana, creada por decreto en 1874, y más tarde administrador de la misma aduana.

Dos de sus hijos, Francisco y Fernando, habían nacido en La Paz. Por su condición de agente aduanal, Aquiles nacería en Tijuana, Hilario en Cueros de Venado y Ester, nacida en 1885, en Ensenada. No se expidió acta de nacimiento de los primeros, porque el juez del Registro Civil que recorría el territorio, tardaba de cinco a diez años en volver a recorrer la ruta de perdidos poblados. Registrados tardíamente, fueron bautizados el mismo día y el mismo año, en la misión de San Diego, cansados de esperar al sacerdote itinerante dependiente del Obispado de Sonora.

Felicia y Jesús Torrescano pisaron una antigua terraza marina, un fragmento de corteza desprendida del macizo continental de México hace ocho millones de años que se desplaza hacia el noroeste; una zona donde la placa del Pacífico penetra por el golfo de California y hacia el norte de la falla de San Andrés. Habitaron una península que se separaba de México cinco centímetros por año, después de haber formado parte de las montañas submarinas y los volcanes subglaciales de un continente primigenio, desplazada hacia el norte, destinada a convertirse en isla algún día.

Jesús Torrescano supo que había llegado a un lugar único cuando conoció el golfo de California, de fosas oceánicas profundas y lechos marinos poco profundos y escuchó el aleteo de cientos de especies de aves migratorias y residentes, el sonido de focas y leones marinos; cuando vio las tortugas marinas anidando a lo largo de las costas de la península, y las ballenas atravesando las aguas del golfo. Se estableció en ese puerto donde llegó con Felicia y se convirtió en agente aduanal, comerciante, importador, comisionista. Conectados con la burocracia y el comercio, eran parte de la élite local, cuyos hijos recibían educación con un maestro particular, tomaban clases de música e idiomas. Gozaban de estatus, prestigio y buenas relaciones.

22

Felicia y Jesús arribaron al puerto de Ensenada de Todos Santos recién convertido en capital del Territorio de Baja California. Antes que Luis Huller y compañía obtuvieran la concesión para deslindar los terrenos baldíos en una su-

perficie limitada, al sur, por el paralelo 29; al norte, por la línea divisoria internacional; al occidente por el golfo de California y al oriente por el océano Pacifico, incluyendo isla de Cedros. Antes de que obtuvieran de Adolfo Bulle los terrenos comprendidos entre los paralelos 28 y 29. Vio la ciudad sin trazo, antes de que llegara la Compañía Internacional de México y adquiriera un título completo y perfecto sobre ocho millones de acres de tierra en el territorio mexicano de Baja California. Antes de que Richard J. Stephens deslindara la ciudad con manzanas de cien por cien metros, en lotes de veinticinco por cuarenta metros, y hubiera cincuenta familias establecidas. Antes de que se levantaran los molinos de harina, se construyeran la fábrica de colchones y la empacadora de frutas.

El año en que llegaron al puerto, la Compañía Internacional de México cedía sus propiedades y adeudos a la Compañía Mexicana de Terrenos y Colonización, quien adquirió 162 mil hectáreas de tierra. Se dragó la bahía, se construyó un muelle y un molino harinero. Se inició el tendido de 27 kilómetros de vías férreas que comunicarían Ensenada, Tijuana y San Diego. Se instaló el servicio de telégrafo y teléfono entre San Quintín, el Álamo, Ensenada y Tijuana. Se establecieron industrias alimenticias, la explotación del guano y la sal y se creó una línea marítima con modernos vapores, como el Saint Denis, que transportaba pasajeros y correo entre San Diego, Ensenada, San Quintín e isla de Cedros.

Para entonces ya era Felicia Torrescano y había perdido el acento sinaloense, aunque nunca perdió el timbre de susurro y secreto. Una marca de su secreto diálogo, de su voz formulando preguntas con el rostro muy cercano al Atlas en la casa de su padre, donde buscaba regiones, países, océanos. Arribó a San Diego, por vez primera, con Fer-

nando Torrescano, nombrado administrador de la aduana de Tijuana, quien se hizo acompañar de los empleados subalternos. Cuando vino la depresión de 1889 y la población de San Diego bajó de treinta y cinco mil a seis mil personas, volvieron a Ensenada.

23

Nunca fue tan feliz. En ese lejano sitio que era Ensenada perdía en ocasiones la sensación del transcurso del tiempo. Habitaba una casa donde era dueña y señora. Había aprendido a escuchar a Jesús y era capaz de mantener con él una conversación que siempre era un descubrimiento de él y de ella misma. Celebraba los pequeños logros de sus hijos. Era reconocida en su comunidad y tenía una vida social activa.

Estaba dispuesta a todo reto que surgiera mirando al futuro. Había aceptado sus circunstancias, también lo que nunca podría cambiar. Gozaba caminar todas las tardes por el malecón de Ensenada aceptando su propia compañía. En esas largas caminatas se veía a sí misma transformada. Sentía que seguía de tránsito hacia el norte, que había un punto, un alto en el camino donde habría de llegar. Cada día era el primero y ninguna persona le era extraña en esa ciudad. Sus ojos captaban cada detalle mientras la tarde caía sobre la playa. Se había vuelto un hábito caminar sola. La soledad resignifica su presencia, le daba otro sentido a su vida de esposa y madre. Caminando por el malecón y la ciudad, era ella misma, sin ninguna carencia. Le costaba trabajo aceptar, que, en algunas ocasiones, tenía la sensación de llegar de un naufragio, flotando en una tabla, a la

deriva, pero cuando arribaba a la aduana y Jesús la tomaba de la mano, se sentía segura, a salvo.
Felicia caminaba por el muelle, vestida de lino blanco, con un sombrero de paja atado a una cinta negra y con la sombrilla abierta. Veía llegar tres veces a la semana los buques "Manuel Dublán" y "Alejandro". Cruzaba las anchas avenidas hasta la casa comercial de Eulogio Romero, en la Ruiz y Tercera, para comprar chaquira de Checoslovaquia y Venecia, la misma con la que las mujeres Cucupa tejían sus collares y bordaban sus capas. Llegaba al comercio local a comprar cucharas para té, azúcar refinada, galletas y papel de lino. Miraba las sedas traídas desde San Francisco que llegaban en el vapor Bayview.

Transitaba frente a las oficinas de la Compañía Internacional, subía los nueve escalones que separaban el edificio del nivel de la calle y cruzaba el umbral de la puerta para que le ofrecieran el té en una taza con vivos azules de porcelana inglesa. Salía a la calle y percibía el movimiento de las cortinas de la casa del mayor Buchanan Scott, agitadas por el viento, mientras la tarde se diluía con el ocaso.

Conforme avanzaba por la península el fin del mundo parecía desplazarse paulatinamente hacia el norte. Se preguntaba si el fin del mundo era una isla, o una cartografía aún no acabada que se desplaza a medida que recorre esta larga y estrecha península. Acaso no había una geografía y era solo un momento en el que se arriba y se sabe que se ha llegado. ¿Qué era lo desconocido?, se preguntó, sino cosas que no han sido exploradas, que no han sido pensadas sino con la imaginación. Una geografía amenazante como una enorme roca que se erige sobre el mar, rodeado de bruma, inaccesible. El despojamiento y enfrentamiento de lo frágil de existir frente al desierto, frente a otro horizonte.

Felicia gustaba de la atmósfera anglosajona de la población, una mezcla de mexicano antiguo y confort inglés. El cargado ambiente victoriano con paredes con diseños florales. Los manteles de lino bordados y el servicio de plata dispuesto para el té que acompañan mini sándwiches fríos de salmón, queso Idiazábal y chutney, con un gusto agridulce, así como sándwiches de finísimas rodajas de pepino puestas sobre dos rebanadas triangulares de pan untado con mantequilla.

En las tardes en que Jesús trabajaba en casa, Felicia tenía siempre preguntas.

—Un mapa no es el mundo, sólo una representación del mundo— le explicó Jesús.

Jesús Torrescano le dijo que desde el siglo II se consideró que la línea que une los dos polos o Meridiano 0º, el extremo más occidental del mundo, "el fin del mundo" pasaba por la isla de El Hierro, en las Canarias, en su punto más occidental. Fue el propio Ptolomeo el que colocó el meridiano cero en punta de la Orchilla, le explicó. Colón ya había llegado a América y comprobó que Orchilla no era el final del mundo. Lo confirmó más tarde, en 1634, un grupo de matemáticos y astrónomos. "El fin de la Tierra" conocida, de ahí proviene su nombre "Finís Terrae", esa última frontera, el punto más occidental del continente europeo.

—No te confundas —le dijo— como se confunden los océanos Atlántico y Pacífico frente al faro del fin del mundo, en la Patagonia. Está también Finisterre, en Galicia, donde el sol se precipita en el mar, aunque el fin del mundo debe estar en cabo Agujas, el lugar donde se unen el Atlántico y el Índico en Sudáfrica.

Ella pensó que había otro punto posible del fin del mundo. Ahí donde el océano Pacífico se une con las aguas cálidas del golfo de Cortés.

Era el solsticio de verano, el día más largo del año y en el que el sol recorre un camino muy alto en el cielo, justo a la hora del mediodía, cuando los rayos del sol caen verticalmente. Se preguntó dónde está el fin de la tierra, dónde el extremo más occidental del mundo, en qué cúmulo de rocas se acaban los continentes. ¿El fin del mundo era solo un cúmulo de rocas?, ¿era solo un pedazo de hielo hundiéndose en el mar, flotando al infinito?, ¿era un nicho de lobos marinos?, ¿era un sin espacio? Existía solo la posibilidad de alejarse de su pasado.

—Debe existir un *finís terrae* en cada punto cardinal de los que solo se ha cartografiado una parte visible.

Jesús la miró con curiosidad. Siempre lo sorprendía.

Ella pensaba en el fin del mundo como una isla, sin posibilidad de salir de ella, con un horizonte que se extiende en el mar o como una masa de tierra incompleta que continúa más allá del mapa. Como una meseta y una cordillera que se aleja con el paso de los siglos. Como una isla nueva que surge del mar. Los confines de la tierra delimitados por una frontera interior, como un centro en sí mismo cercano y al mismo tiempo lejano e irreconocible. Límite geográfico imaginario que se alejaba a medida que avanza.

—¿Preguntas por *Terrae Incognitae*? —interrogó Jesús.

—Todos imaginamos un mundo desconocido, el fin de la tierra en otra playa y otro horizonte que puede no ser idéntica a la geografía. Una geografía con sus paisajes y sus árboles, sus campos y sus montañas, sus minerales y su zoología. Un desierto caluroso inhabitado, un golfo cálido, una isla de perlas y un desierto de sal.

—Felicia, el fin del mundo geográfico no existe, el planeta es redondo, no empieza ni termina en lugar alguno.

—Cada país tiene su fin del mundo conocido —dijo Felicia. Esta península, tiene su fin trazado por una línea imaginaria. No sé si la he soñado o es un precipicio insondable como describió mi padre el océano Pacífico, siendo niña. Acaso sea un mundo distinto, con otra geografía y otra lengua. Tierra de desiertos, de valles de cirios o ciudades de vientos y frío invierno. Si el fin del mundo es una tierra desconocida, ¿cómo es que los libros la describen en su forma, su flora, su fauna y su emplazamiento? El fin del mundo es la tierra que no está en los mapas, el punto más austral donde se encuentran los océanos, una abertura polar hasta el interior de la tierra que atraviesa montañas, lagos, ríos, vegetación y vida animal. Un reflejo del cielo, un espacio desmesurado. Este presente y este instante que no sabe cuándo inicia y cuando acaba.

Jesús Torrescano la escuchaba. Le parecía una desconocida hace tiempo extraviada en un laberinto que asomaba a sus ojos. Obsesionada por las cartografías y por el sitio donde acaba la tierra.

Felicia imaginó poder llegar al fin del mundo cuando se enteró que el vapor Fulwell, con un calado de poco más de tres metros, con una locomotora de vapor que pesaba diecisiete toneladas, manufacturada en Leeds, Inglaterra, con diez vagones plataforma y 1,800 toneladas de rieles de acero, había sido transportado a San Quintín.

Imaginó las vías férreas extendiéndose de Tijuana a bahía de los Ángeles, pasando por la bahía de Ensenada de Todos Santos, el valle de La Trinidad y San Quintín. Después de Tijuana a puerto Isabel, con ramal al punto en que la línea divisoria corta el río Colorado. De puerto Isabel a Magdalena para entroncar con el ferrocarril de Sonora, pasando por Altar; y de Magdalena a Paso del Norte, para entroncar con el Ferrocarril Central. Más de

mil kilómetros de vías del ferrocarril peninsular, desde la frontera internacional entre California, Estados Unidos y Baja California hasta la bahía de Los Ángeles en la costa del golfo. Pero las vías y la locomotora fueron llevadas en barcazas hasta el muelle de San Quintín, que se desplomó. La locomotora precipitada al fondo del mar, siguiendo una ruta con distinto destino al esperado.

De Jesús había aprendido muchas cosas. Con él se había reinventado y con él parió cinco hijos, Francisco, Fernando, Aquiles, Hilario y Ester. Pero su amor por las cartografías procedía del Atlas que destacaba en el escritorio de su padre. Ella lo recorría con su dedo de niña, como si al hacerlo el mapa se volviera a reestructurar. Con el mismo dedo índice trazaba nuevas costas y emergían islas. En ocasiones giraba el globo y se preguntaba qué pasaría si el norte estuviera en el sur. Su padre le dijo que no había norte ni sur, solo la decisión de algún cartógrafo de guiarse por una estrella. Quiso viajar a San Diego a buscar un Atlas, pero la distancia y la inseguridad de los caminos, y la negativa de Jesús a que viaje sola en el Saint Denis le impidieron volver a ver las calandrias y golondrinas, los gansos y patos de collar, los cormoranes y cigüeñas, que en ciertas épocas del año arriban invadiendo el paisaje.

24

Jesús Torrescano, en parte por su trabajo en la aduana y en parte por interés en la región, recorrió el territorio norte de rancho en rancho. Era un hombre que no llegaba a los 50 años, alto en comparación al promedio, de complexión

recia. Caminaba con firmeza y tenía una mirada curiosa, abierta a toda sorpresa que le diera la naturaleza. Vestía el traje propio de un agente de aduana que viaja constantemente. Recorrió San Vicente, buscando restos de la misión de San Vicente Ferrer. Visitó San Telmo, región habitada originalmente por los indios Kiliwas, propiedad de Gabriel, Gregorio y Julián Arce, quienes contaba con 4000 cabezas de ganado y cinco viñedos. Estuvo en Santo Tomás donde hacía menos de 10 años Francisco Andonegui y Miguel Omart habían iniciado la siembra de uvas importadas Moscatel y Tempranillo. Subió hasta La Grulla, sitio cruzado por arroyos y delimitado por un denso bosque de pinos siguiendo la ruta del misionero jesuita Wenceslao Linck, de origen checo, quien fundó la misión de Francisco de Borja. Visitó El Álamo, yacimiento de oro que originalmente habitaron los Paipai donde encontró una intensa actividad minera, y habitantes extranjeros venidos de Italia, Inglaterra y Alemania, así como a estadounidenses, todos ellos registrados en el último censo como labradores, ganaderos y mineros. Lo llevaba su trabajo de agente aduanal, pero también una vocación de viajero que lo llevaba a lo desconocido, lleno de riesgos y aventuras.

Con cierta frecuencia Felicia se empeñaba en acompañarlo en sus recorridos. En estos viajes aprendió a impermeabilizar cualquier prenda de vestir. A curar quemaduras con miel virgen de abeja y aliviar catarros de pecho aplicando cebolla cocida o asada en cataplasmas. Aprendió a sanar heridas y contusiones con tintura de árnica y picaduras y mordeduras venenosas usando ácido fénico diluido en agua. Cuando sus hijos crecieron los obligó a tomar cada mañana una cucharada de miel virgen con un poco de azufre, además de otras medidas para evitar enfermedades contagiosas. Cuando los doctores Peterson, noruego, Foin-

neans y Rouquette, franceses, y Pedro Tamés se enteraron, le prohíben usar esas prácticas que atentaban contra el oficio de su profesión de médicos. Felicia parió dos hijos más y tuvo un último embarazo.

—Es una niña —exclamó el doctor Peterson, médico de puerto y dueño de la única botica en la ciudad, quien atendía la mayoría de los partos en Ensenada. Felicia lloró y Jesús Torrescano la abrazó conmovido.

En 1889, con base en el plano de Fondo legal de Zaragoza, Distrito Norte de Baja California —trazado por Ricardo Orozco— Jesús Torrescano, administrador de la Aduana de Tijuana, compró a Francisco, José Antonio y José Ramón Arguello un terreno de treinta metros de frente por sesenta de fondo por cien pesos, ante una ceremonia celebrada por el juez notario de Ensenada de Todos los Santos. Se lo regaló a Felicia, por los hijos que le había dado. El poblado contaba con un expendio de licores y tabaco, una fonda y billares, cementerio e iglesia de adobe, dominando los vastos terrenos de los Arguellos y de José María Bandini, con más de dos mil cabezas de ganado vacuno, mil borregos y quinientos caballos. Compró la propiedad enterado de que el jefe político, coronel Agustín Sanginés, intentaba cambiar la capital de Ensenada a Tijuana y había comprado a Pilar Argüello de Luckhardt la manzana número 37, planeando la construcción de edificios del gobierno.

25

En Tijuana, Joseph Parker retrató a Felicia, Josefa Machado y Martina Gilbert. A éstas últimas las había conocido

Felicia cuando llegó a Tijuana, quince años atrás, como esposa del director de la aduana. La recibieron en su casa de adobe, entre una nube de polvo que levantaban los caballos y las vacas. No se enteraron de que Jesús Torrescano calificó su manera de vivir, sus costumbres y su habla como de bárbaras. Unos meses después los mismos vecinos los acusan de llamarles salvajes y bandidos. Las tres mujeres mirando a la cámara, como adivinando un futuro donde ya no aparecerán. Felicia posó para la fotografía antes de negarse a viajar por la ruta terrestre de Tijuana a Ensenada y pedirle a Jesús ir a San Diego para viajar en el Saint Denis y llegar en doce horas a su destino, saturados los ojos de un horizonte que se confunde con el cielo, impregnada de brisa marina, mareada por el rumor de las olas golpeando contra el casco del vapor, embriagada de sol.

Instalados en el hotel en San Diego, Felicia preguntó.

—¿Hay un mapa que señale el fin de la tierra conocida?

Jesús levantó la cabeza. Felicia preguntaba siempre por el fin de la tierra, por finisterre.

—Un mapa no es el mundo, sólo una representación del mundo —respondió Jesús.

—¿Esos mapas señalan el fin del mundo?

Le pareció que las preguntas de Felicia estaban atadas a una curiosidad que estaba relacionada con la lectura. A Jesús le recordó su tierra natal. Durante mucho tiempo se consideró que el extremo más occidental del mundo, "el fin del mundo", pasaba por la isla de El Hierro, en las Canarias, en su punto más occidental, Orchilla. Fue el propio Ptolomeo el que colocó el meridiano cero en Punta de la Orchilla, aunque Colón ya había llegado a América y comprobó que no era el final del mundo. El fin de la Tierra, *Finis Terrae*, esa última frontera, el punto más occidental

del continente europeo. Estaba también *Finisterre*, en Galicia, donde el sol se precipita en el mar, aunque el fin del mundo debía estar en cabo Agujas, el lugar donde se unen el Atlántico y el Índico en Sudáfrica.

—Todos los mapas y ninguno señala el fin de la tierra conocida —respondió Jesús.

—¿Quiénes trazan los mapas y sus límites?

En verdad que le era una mujer desconocida cuando interrogaba sobre el fin de la tierra. Jesús era paciente, atento a la curiosidad de Felicia y dio respuesta.

—El primer mapa data de los babilonios, incrustado con escamas de pez simulando montañas. La tierra, cruzada por los ríos Tigris y el Éufrates, la presentaron limitada por el océano que rodea el mundo habitado, más allá estaba el fin del mundo, donde no se ve el sol. Los griegos describieron la tierra conocida en el escudo de Aquiles, incluyendo estrellas y constelaciones, también limitada por el océano. Ptolomeo intentó describir el mundo griego y con ello el Mediterráneo, el norte de África y Alejandría. Pero a ti te interesa el fin de la tierra más que el mapa. El mar Mediterráneo y el océano Atlántico y el océano Pacífico también fueron el fin del mundo respondiendo a diferentes cartografías.

—Me interesa el mapa porque sus límites contienen su extensión, dijo Felicia.

—¿Crees que un mapa describe la forma y alcance del mundo habitado? Tu cartografía, durante muchos años, no pasó de los límites de Bamoa. El alcance de tu mapa estuvo delimitado por el rumor de ríos, el viento del atardecer, el calor agobiante, las rutas de los hombres, el tránsito del ganado, el olor de los mangos, el recuerdo de tu niñez. Ahora su horizonte se ha ampliado, tu mapa incluye la península y su mar, su geografía, su fauna y su flora. Incluye

un mapa dentro de otro con sus límites y sus fronteras, su centro y sus márgenes. Estás dentro y fuera de él.

—Si estoy dentro y fuera de él, ¿cuál es su centro? —preguntó Felicia.

—El centro del mundo conocido depende del periodo y la historia. Los babilonios colocaron en el centro el Éufrates, y en la Edad Media Jerusalén fue el centro del mismo. A esa pregunta no puedo responder.

—Pero el norte siempre fue el norte —afirmó Felicia.

—No siempre fue así. En la parte superior del mapa los babilonios colocaron el norte, los musulmanes colocaron el sur y los mapas de la edad media colocaban el este.

—¿Por qué mapas tan distintos?

—Porque los mapas —respondió Jesús— son mucho más que los territorios representados. Simbolizan el poder y dan autoridad, proporcionan respuestas a muchas preguntas y provocan otras que no tienen respuestas, como las que tú me formulas y te formulas cuando preguntas sobre el fin del mundo.

26

A Felicia no le gustó vivir en Tijuana, un poblado con doscientos cincuenta y siete habitantes albergándose en cincuenta y dos pequeñas habitaciones de madera, dedicados al cultivo de cebada, a la cría de ganado caballar, vacuno y lanar, con solo dos casas de comercio que se abastecían en San Diego. Regresaron a Ensenada, cuando la Compañía Inglesa dragó la bahía, construyó un muelle e inició el tendido de 27 kilómetros de vías férreas que comunicaran Ensenada, Tijuana y San Diego.

Jesús Torrescano compró en la bahía de Ensenada un predio de veinticinco por cincuenta metros a Pedro Gastélum Duarte y llevó una casa desarmada de madera desde San Diego. Le dieron la administración de la aduana marítima, pero no fue tarea fácil combatir el contrabando que se daba en El Sauzal y Punta Banda y dejó el puesto temeroso de la violencia que le había quitado la vida a Antonio Banuett, administrador de la aduana marítima de San Quintín. Apoyó los negocios de Maximiliano Bernstein y explotaba un criadero de turquesas mientras Felicia cuidaba en casa de los hijos. Se alegró de no vivir en Tijuana donde ese mismo año llovió torrencialmente e inundó todas las casas del pueblo.

En las tardes de verano el viento marino era una bendición. Lo pensó mientras contemplaba a Fernando, sentado en su escritorio, escribiendo una carta. Felicia llegó por detrás y puso sus brazos rodeando la espalda de Fernando.

—Quiero preguntarte algo. De todos los que has conocido, ¿cuál es el mapa más preciso?

Fernando volteó y la miró a los ojos. Después del nacimiento de Ester estaba más delgada, también más bella.

—El mapa más preciso es el que construyes con tu memoria, con tus recuerdos que se acumulan en montañas, con tus sueños que conforman ríos, con tus pesadillas que son la zoología que te salta por las noches; con todo lo que no te atreves a confesar que puebla una selva. Una geografía imaginaria que requieres recorrer con bitácora en mano. Al hacerlo te das cuenta que los puntos cardinales son referencias limitadas. Al igual que en los primeros mapas, tú eres el centro del mundo y lo contienes con sus límites. Tu cartografía depende menos de la cronología y más de la

construcción íntima de lugares, de momentos que quedan grabados en tu memoria y que recuerdas aún ahora, aunque hayan sido furtivos. En esa cartografía están también otros recuerdos ajenos que te fueron descritos. Siempre es un mapa provisional que construyes y deconstruyes.

—Entonces —preguntó Felicia— ¿no hay mapas verdaderos?

—¿Verdaderos para quién?

—Para desplazarse por el mundo.

—Aunque tuvieras un mapa en la mano para orientarte, te guias por la ruta que sigue tu índice, por el que te dicta tu intuición. Los mapas son diques, contienen tu geografía y tu destino personal.

—¿No sabremos nunca donde está el fin del mundo?

Cuarta Parte

27

Estoy a punto de morir en mis propios recuerdos. No sé qué día es hoy ni la estación que transcurre. El significado de algunas palabras se diluye. Intento reconocer cada rostro. Cierro los ojos e intento recuperar lo esencial de mi pasado, los faros en la noche oscura que me conduzcan a puerto y me iluminen. Me sumerjo en mí misma para ir en busca de mis orígenes. Los ríos caudalosos, los campos de hortalizas, las casas solariegas de piedra. El recuerdo primordial de la infancia tendida al sol, expuesta al calor que circula en las habitaciones de altos techos.

Cada noche olvido más detalles de lo que he soñado. Cada día cambio los hechos siempre expuestos al olvido. El punto de referencia de mi memoria es la ciudad, la casa que ahora habito en lo alto de la colina frente al mar, pero estoy vinculada al pasado, a la imposibilidad de abdicar del ayer, a lo que he sido, a los hechos que me precedieron y me llevaron a esta voluntad de reelaborar el pasado

Podemos mentir a otros, pero no podemos mentirnos a nosotros mismos, olvidar lo que hicimos y su significado, lo supe cuando Federico Palacio me visitó antes de abandonar la ciudad. Me dijo que un día se sabría la verdad, cuando estuviera muerta y ningún Torrescano mencionara mi nombre.

El sonido sordo y estremecido de las persianas que agita el viento evoca la veleta de la hacienda de los Guerrero. Ahora que ha pasado tanto tiempo es como si no hubiera salido nunca de ella. Me veo sentada en la escalera de piedra que conduce al salón, con el cabello abundante cayendo hasta la cintura, con la larga falda de algodón

formando un cuenco sostenido por las rodillas y el sudor resbalando entre los senos.

La memoria es el único paraíso del que no podemos ser expulsados, leí alguna vez en un libro olvidado. Me exilié de ese paraíso hace ya muchos años, tantos que no sé si es un universo paralelo o universos paralelos mutuamente inobservables y en cada uno de ellos una realización diferente de los posibles resultados. Un sueño reiterado donde me desplazo reconociendo otra piel, otro rostro. Un mundo nunca habitado y sin embargo conocido. Sueño olores y sabores, el sonido de trenes, el rumor de las olas, el movimiento de las espigas de trigo, el color amarillo de la mostaza cubriendo la colina. Sueño abismos marinos y minas de oro. Ahora, muchos años después, solo me reconozco en los paisajes de desierto, de oasis y de mar que ha visto; en el rumor de las olas, en la fauna marina de ballena y de focas, de lobos y elefantes marinos. Me reconozco en todos los hombres y mujeres que conocí, en todos los caminos que recorrí, en la bruma que cubrió la ciudad.

Mariela, mi bisnieta, cierra la ventana cuando oscurece, recorre la cortina y me observa en silencio antes de encender una luz tenue. Lee el temblor de mi cuerpo, el retorno de un sueño que oculta la ceguera, la ingravidez de mi mano que la llama. Se sienta frente a mí como todas las tardes, con el cabello castaño y los ojos grises, esperando la misma solicitud que le formulo cada noche. La ofuscación de una anciana longeva, la locura de una mujer de 102 años a punto de morir.

—Descríbeme los signos, el talismán mágico que protegía las mezquitas y remataba las torres, la iconografía que les mostraba la dirección del viento a los arqueros. El gallo veleto de la colegiata de San Isidoro, en León, hecho

de cobre recubierto de oro, traída de Oriente y anterior al islam, que cantaba para avisar que las tropas musulmanas se acercaban a la ciudad. La veleta de la Giralda del campanario de la Catedral de Santa María de Sevilla, la más hermosa, y las nueve veletas de la Catedral de Salamanca, todas ellas asentadas en una esfera metálica. Dime la orientación de la veleta de la hacienda de los Félix, que nunca más volví a contemplar y la veleta que indica la procedencia de los vientos en Ensenada, cerca de las alturas, recortando su silueta en el cielo, al libre impulso de los vientos, rematando la torre de la casa de madera de dos aguas en la calle Ruiz.

Describe el bestiario de este paraíso, de este mar que cruzan las nutrias marinas, diezmadas por las cortes china y rusa a causa de su piel; las marsopas más pequeñas o vacas marinas atrapadas en redes y las totoabas y las tortugas bastarda y golfina a punto de extinción. Describe las focas, lobos y elefantes marinos perseguidos por cazadores rusos, europeos y norteamericanos que se ocultan en el fondo del golfo. El cóndor de California, el puma y gato montés que recorren la sierra, al berrendo de Vizcaíno y el venado de isla de Cedros.

Habla de la flecha que apunta hacia la dirección desde la que sopla el viento y se mantienen los nublados bajos, adentrándose hasta la ciudad. De la que apunta a *Finís terrae*, en otro tiempo el punto más occidental del mundo conocido donde no había más que mar. Destino de antiguas peregrinaciones y donde he llegado, detenida en esta estación y este tiempo.

28

La tarde del 20 de agosto de 1895 Felicia se vistió despacio. El vestido de lino con encaje francés, guardado celosamente por años desde su salida de Mazatlán, aún conservaba su prístina belleza. Colocó los aretes de perla. Lucía hermosa, con una esbeltez que no habían afectado sucesivas maternidades. Se había aceptado como era, que era también aceptar sus renuncias como inevitables, como parte de un pasado que no podía cambiar. Había superado la adversidad. Ahora estaba en calma consigo misma. Tenía salud, bienestar, reconocimiento social y cuatro hijos y una hija que la llenaban de alegría. Se dirigía al encuentro de Jesús Torrescano para celebrar 15 años de matrimonio.

Cuando abrió la puerta para salir, el rostro de Telémaco pareció volver del pasado. Miró el rostro de Horacio Félix y supo que no se atrevería decirle que no tenía cabida en su casa. Horacio, de 18 años, alto, con una mirada fija y profunda que parecía atravesarla, le dijo que quería conocer a la mujer que lo había traído al mundo para dejarlo después abandonado como un perro.

Temió su confesión. Temió perder todo lo que había reconstruido en su vida. Todo en lo que se había convertido a través de los años. Por primera vez, temió perder a Jesús Torrescano. Le dijo que Horacio era su primo y soportó que le impusiera su presencia, hasta el día que Horacio golpeó a Aquiles, y Jesús lo increpó.

—¿Con qué derecho te atreves a golpearlo?

—Con el derecho de ser su hermano.

Jesús Torrescano miró a un Horacio desafiante. Volvió la cabeza para ver a Felicia. Pensó que nunca había conocido su carta astral, donde el pasado yacía bajo la superficie y sólo emergían destellos, islas solitarias a mitad del océano. Entendió que sus ojos contenían un mapa

interior. La contenía a ella misma con todos tus secretos, el ahora revelado y los que él nunca conoció. Un dolor intenso le atravesó el pecho. En un último instante trazó una cartografía que lo recorrió desde las islas Canarias hasta la península de Baja California, rodeado siempre de agua y de oscuros silencios. A un pie de la región más austral de sí mismo, dio un paso y cruzó el límite de la tierra conocida. Se desplomó sobre la duela. Felicia tenía treinta y cinco cuando quedó nuevamente viuda.

Pero no era La Tasajera ni tenía veinte años. Heredó en Tijuana la casa donde había nacido Hilario, la céntrica propiedad en Ensenada, ciudad con mil quinientos habitantes, una casa y una cuenta de cheques en San Diego. Quedó también con la imagen de la mirada incrédula con que Jesús la vio por última vez. Una mirada que era de sorpresa y al mismo tiempo de revelación. Como si en ese momento hubiese tenido una epifanía. La idea exacta de quien era ella. Felicia retuvo en la mente el rictus doloroso de su boca. Nadie, ni siquiera Francisco Andonaegui, tutor de sus hijos menores, se enteró de la revelación que había quitado la vida a Jesús Torrescano.

El día que murió Jesús, Felicia recordó su desembarco en La Paz. Descubrió en él, veinte años mayor que ella, una biblioteca, una mente que la condujo por laberintos de cartografías, mapas terrestres y cartas celestes. Encontró los modales de un hombre fino, tan sofisticado que siempre le preguntó si podría yacer en su cama. Una conversación educada y cosmopolita, tan distinta a la que reinaba en Villa de Sinaloa. Aunque ahí había aprendido a domar una yegua, a identificar hierbas medicinales que no crecían en el paraíso en que volvió a reconstruir su identidad, donde vivió siempre con el temor de que esa identidad fuera solo un castillo de arena, posible de desaparecer con

un golpe de ola en la playa. En ese viaje cambió el paisaje y el clima, la flora y la fauna, y ella cambió los finos vestidos de algodón por la ropa de lino que denotaban su condición de esposa de Jesús Torrescano.

Ese día vivió otra travesía. Vio la mancha de nutrias marinas oscureciendo el mar, nadando desde Near Island, en el archipiélago de las aleutianas hasta Punta Morro, en la costa del Pacífico en Baja California, cuyas espesas pieles las hicieron blanco de cazadores hasta su desaparición. Volvió a sentir en la boca el sabor de mejillones. Recorrió la mancha de cactus donde se erigió la misión de San Ignacio Kadakaaman, levantada en la región Cochimí. Volvió a ver los campos de cebada y las dos habitaciones de la aduana de Tijuana. Aparecieron los molinos de trigo en San Quintín con sus casas de pino rojo con techos de dos aguas, los veintisiete kilómetros de vías férreas abandonadas, ahora tendidas al infinito. Recorrió el panteón donde quedaron los huesos de los ingleses que nunca volvieron a ver la niebla marina de sus puertos.

Sintió el deslumbramiento de las perlas expuesta en el lecho de su concha madre en un aparador de la tienda de los hermanos Ruffo, en el puerto de La Paz. Acarició las pepitas de oro extraídas de las minas La Trinidad, La Suiza, La Mina del Pueblo y La Joaquina en el valle de San Rafael. Volvió a sentir la brisa marina en el puente del vapor Manuel Dublán, transitando de San Diego a Ensenada.

Quedó con la vista fija en las paredes de madera de la casa que Jesús construyó en Ensenada de Todos los Santos. Llegó la densa bruma al amanecer sin que ella pudiera reconocer la pérdida de quien la amó, del que a punto de morir tuvo la absoluta revelación de que siempre fue una extraña, una desconocida en la que confió, una mujer venida del encuentro de ríos con grandes caudales. Un calor

sofocante que le golpeó el pecho. Una cartografía que nunca pudo leer.

29

Caminando de regreso hacia su casa, después del entierro, sintió que la muerte, esa muerte, caía sobre su espalda, que todas las muertes sufridas no habían cambiado nada excepto a ella que sobrevivía entre las montañas y la playa, entre la niebla marina y el ruido de las olas estremecidas. Despidió a Horacio ese mismo día. No estaba sola. Rodeada de sus cinco hijos, los únicos, permaneció en Ensenada, cobijada por los amigos del que fue su marido. Vio resurgir la industria minera y se abrirse las minas de Valladares en Calmalli y las minas de El Álamo, en terrenos adquiridos de las ex misiones de Santa María, San Fernando, San Pedro Mártir, Santa Catarina, Santo Tomás, Santa Gertrudis y San Borja.

Las calles anchas y de tierra apisonada permanecieron igual que cuando fueron trazadas, el tránsito a San Diego sigue haciéndose por diligencia o barco. Se construyó un parque en el centro de la población, se introdujeron banquetas de madera. Llegó la electricidad, el teléfono y el telégrafo de San Diego a Ensenada. Se construyó un hotel, un almacén, un muelle, un molino de trigo y se tendieron 26 kilómetros de vía de ferrocarril, partiendo de San Quintín con rumbo a Ensenada.

La ciudad no volvió a ser la misma para Felicia. No se reconoció en esa cartografía. Una representación mental y otra era el mundo real. Para sobrevivir, no solo reproducía lo vivido, sino que seleccionaba y organizaba sus

pensamientos guardándolos en la memoria, aunque pasado el tiempo, su localización fuera incierta. Reconstruir la memoria desde el presente. Lo había hecho antes, crear y recrear un nuevo pasado.

El retorno de lo reprimido, de lo olvidado conscientemente, de lo negado socialmente, la amenazó el día que Horacio Félix apareció en la puerta de la casa que compartió con Jesús Torrescano.

Federico Palacios dio testimonio de la muerte de Jesús Torrescano. Una semana después le pidió a Felicia que fuera a su oficina. La recibió en su despacho privado. Cerró la puerta. Le ofreció una taza de té y le dijo que lo sabía todo.

—Encontré a Horacio en el muelle a punto de embarcar con destino a Topolobampo. Me enteré de que vino buscándote y encontró a su madre. Creo que Jesús también se enteró y eso lo mató.

Se levantó del sillón y se dirigió a la ventana. Vio el vapor Saint Denis a punto de salir del puerto.

—Soy el padrino de bautizo de Aquiles. Te voy a apoyar porque los hijos de Jesús no tienen por qué pagar tus culpas. Un día se sabrá la verdad, no importa cuanto tiempo pase. Otros te rastrearán a través del tiempo y recuperarán tu memoria de archivos olvidados. Cuando estés muerta y ningún Torrescano mencione tu nombre.

Giró sobre sus talones con la seguridad que le daba ser juez de distrito. Con la sabiduría de muchos años de registros de matrimonios, nacimientos, defunciones y otros eventos.

—Luisa está enferma. No es conveniente que vayas a visitarla a casa. No te recibirá.

La despidió acompañándola hasta la puerta e inclinó levemente la cabeza a modo de un adiós.

30

Cuatro años después de la muerte de Jesús Torrescano, la familia celebró en el Hotel Iturbide el matrimonio de Ester. Desde el salón de fiestas del hotel, la vista domina la ciudad y el mar, los campos cultivados de Punta Banda, Maneadero y San Carlos. Alfredo French ajusta el lente, mete la placa y toma la fotografía en que quedará la familia retenida para siempre. Vestida de gala, con la piel aún radiante, como si no envejeciera, ayudada por la luz indirecta de las lámparas del fotógrafo que desvanece las marcas del tiempo, Felicia posa acompañada de Francisco, Fernando, Aquiles, Hilario y Ester.

Federico C. fuentes y Ester Torrescano, C. en Ensenada de todos Santos el 18 de junio de 1899. El originario de Los Ángeles, Alta California, de 25 años, soltero, pintor, hijo del finado José Ma. Fuentes, natural de Los Ángeles, viudo, de 56 años; ella, natural de Tijuana, de 15 años, hija del finado Jesús Torrescano y Felicia Félix, viuda de 39 años, originaria de Villa Bamoa, Sinaloa.

Presidió la ceremonia Federico Palacio, Juez del estado Civil del Distrito Norte de Baja California. El comedor se llenó de la familia de Federico. Ahí están sus hermanos Ildefonso, con Porfiria Baronda, y Joaquín, con María Acevedo, ambos casados en Ensenada en 1981 y 1984, respectivamente. Están Hilario Fuentes y Francisco Gutiérrez, Francisco Andonaegui y Estéfana Durazo, los cuatro testigos de la boda que ratificaron el contenido del acta de

matrimonio y firmaron a petición de Felicia y a solicitud de Aquiles Torrescano. Asisten al banquete Carlos A. Guijosa y Fernando Palacios, quienes meses después firmaron el acta de nacimiento de Guadalupe. Los acompañan Manuel Labastida, Francisco Hermanni y Francisco Cota.

Pero Federico y Ester no se quedan en Ensenada, a pesar de las cinco tiendas de mercancía general, dos hoteles, cuatro barberías, dos confiterías, dos herrerías, una joyería, una empacadora de conservas, tres molinos de harina y una fábrica de zapatos y 2,578 habitantes. Perdieron a su primer hijo de ocho meses, muerto de meningitis cerebral. Dos meses después Ester dio luz a un hijo prematuro, nacido muerto. Migraron a San Diego con 35,000 habitantes, donde el 28 de marzo de 1905 nace su cuarta hija, Beatrice. De doce hijos, sobreviven seis de ellos a la bronquitis y la asfixia, a la muerte de cuna y la influenza.

Felicia va quedando sola. A los veinte años Aquiles Torrescano se casó con María Méndez, de quince. El 11 de enero de 1902, a los veintidos años, Hilario casó con Dolores Amola de dieciséis años.

Felicia nunca supo que el mismo día que se casó Ester, su primogénita, María Antonia Guerrero, huyó de La Tasajera sin acta matrimonial, sin celebración y sin dote.

María Antonia amó a su madre a pesar de todos. A pesar de los Guerrero, a quienes en el fondo despreció porque le recordaron siempre que Felicia no volvió la cara cuando a los tres años la llamó llorando. A pesar de Pánfilo, con quien nunca pudo llenar el vacío que la consumió. A pesar de Horacio, quien le mintió cuando le dijo que nunca preguntó por ella. La nombró para que todos supieran que su madre vivía, para que algún día la buscaran. Para que no la olvidaran y sobreviviera en la memoria de los descendientes que aún no nacían. La recordó cada día, hasta que

desgastó la memoria y la imagen de su madre se convirtió en un trazo vago.

Vendió las alhajas el día que nació Manuel, su primogénito. Su destino estuvo precedido por las cartas sobre la mesa. Prescindido por el azar de la baraja española en que Pánfilo jugó la casa y los muebles, y que al final, cuando solo fue la sombra de María Antonia, le arrebató la máquina de coser en que se apagaron sus ojos, que eran los mismos de Felicia. No volvió a sonreír nunca. La captó la cámara fotográfica sentada en una silla, bajo el dintel de una puerta abierta, con un vestido negro que solo dejó ver su rostro, pequeño y pálido, los ojos sumidos en las cuencas sombreadas. Abrazaba a una niña de dos años y ambas miran el infinito en el lente de la cámara Brownie-Junior.

Cuando nació Eligió ya era la sombra en que se convirtió al morir Jesús a los dos años. A Felicia, la otra, la trajo al mundo sola. Cuando le avisaron a Pánfilo que Felicia había nacido, recordó que había dejado a María Antonia gimiendo sobre la cama. Catalina tuvo urgencia por nacer. Cuando María Antonia empujó dentro del horno la pala con pan, ella se deslizó entre sus piernas. A los treinta y cuatro años lloró cuando quedó embarazada, y siguió llorando hasta que nació Josefina, marcada para siempre porque en lugar de sangre le saldría agua entre las piernas y el lugar de hijos concibió una humedad que le creció hasta matarla. Perdió un hijo antes de nacer y otro se ahogó en la cuna en un enredo de sábanas. Después ya no quiso que Pánfilo se metiera en su cama. Pero aún habría de nacer Diego, estéril como fueron Eligio y Josefina.

31

A los diecisiete años Manuel marchó a California, hacia el norte, siguiendo la dirección del dedo de María Antonia. La dirección de la veleta que ella mandó fijar en las casas que habitó para que no olvidaran que en esa dirección habitaba su madre. No buscó a Felicia porque nunca le perdonó el abandono de María Antonia. Porque no quiso que lo negara. Porque no quiso verla, reina y señora, como lo fue en La Tasajera. Porque no quiso escucharla diciendo que estaba equivocado, que ella no era su abuela, que su nombre y su presencia, y los de la Felicia que se marchó, son una reducida probabilidad, ese azar que ofrece una extraña coincidencia.

También él posó. Con el saco cruzado, tan bello como debió ser Telémaco antes de que muriera en la hacienda de los Félix. Posó el día de su boda con Helena, quien aparece envuelta en gasas y encajes, con el largo del vestido de novia dejando ver las piernas.

No quiso volver a Sinaloa. Lo asfixiaba la casa, la impotencia de ver a María Antonia amasar la harina y encerrar las piezas de pan en el horno, encendido a las cuatro de la mañana. Ni verla disponer el desayuno y abrir puertas para sentarse a coser y bordar uniformes militares, trajes de noche de seda y abalorios. No soportó ver a María Antonia servir en el amplio comedor, por una paga módica, ella que durante veinticinco años se sentó a la mesa a ser servida.

No toleró a su propio padre. Se marchó y envió dinero a escondidas de Pánfilo. Quedaron las fotos que envió y el retrato de boda. Murió joven. Diecisiete años después que saliera de Bamoa y solo quedó de él la carta que enviara Helena con una foto de un hijo que se perdió junto con su madre en el crecimiento acelerado de Los Ángeles.

A Manuel le siguió Eligió. Se acercó al muelle de Bamoa y se alejó del mar cuando ya no pudo embarcar. Cuando su cuerpo tocó la corriente de Alaska ya no quiso hundirse más en el agua tibia del golfo de California. Miró hacia el norte, y el recuerdo infantil y remoto de la veleta, casi olvidado, le obligó a quemar sus velas. Las encendió para que nada lo condujera hacia el sur, para no voltear la cabeza y ser castigado por sus pecados. Desembarcó en San Francisco buscando al hijo de Manuel. No lo encontró. Ni en los registros del condado ni en el directorio telefónico encontró evidencia de Helena, extraviada para siempre en otra ciudad u otro estado.

Descendió a San Diego, tramitó migración, se contrató en diversos trabajos. Lo arrastró el mar. Se presentó en la garita migratoria de San Ysidro, entregó los documentos y se volvió a embarcar. No fue el temor a la guerra sino a la cotidianidad a los horarios inflexibles, a la explotación en las empacadoras de atún, lo que le impulsó a pararse a media labor para quitarse las botas y los guantes de caucho y tirar la chaqueta al piso. Muchos años trajo consigo el olor de la brisa de mar. Despidió un olor sucesivamente a pescado, a caguama, a marisma, y volvió a ser hombre tardíamente, veinte años antes de morir. Con ninguna mujer concibió. Lo saló el mar.

32

María Antonia juró que la primera hija que pariera llevaría el nombre de su madre. Cuando nació Caterina, tan parecida a su madre, se le vino a la mente el significado del nombre: de linaje puro, inmaculada. Radiantemente hermosa,

Caterina tenía una piel muy blanca, estatura mediana, un rostro que parecía el de un ángel. Cuando las clientas de María Antonia llegaban a probarse los vestidos recién confeccionados, pedían que primero lo portara Catalina, así apreciaban la belleza de la ropa, la caída de la tela y el rostro angelical que lo adornaba.

A diferencia de sus hermanas, fue siempre impredecible. Se escapaba de casa a los ocho años vestida con la ropa de Eligio y jugaba en la calle con los chicos. Cuando algún vecino la denunciaba, Eligio salía corriendo, más para rescatar su ropa que para rescatarla a ella. Cuando llegó a los 14 años emanaba un aire de sensualidad que hacía voltear a su paso a hombres y mujeres.

Nadie le puso límites. A los 15 años vistió nuevamente la ropa de Eligio y, en plena Revolución, se subió a un tren lleno de soldados. A los 16 años vivía con un teniente coronel que había recibido el grado en la Revolución Mexicana. A los 19 llegaba del brazo del ascendido a general, con un vestido de seda. Al visitar a su madre ordenó tomar una foto que mostró el contraste entre María Antonia, sentada en una silla, empequeñecida, vestida de negro, con el cabello recogido, y la imagen de Caterina, luciendo un abrigo de pieles, un collar de brillantes en el cuello y un pequeño sombrero en la cabeza. Impredecible, lo dejó todo cuando se enamoró a los veintidós años de un músico.
Cuando el músico le preguntó dónde quería vivir, su dedo señaló al norte.

—Quiero estar con mi hermano —dijo.

Encontró a Eligio, pero la vida de Caterina no fue fácil. Se pareció mucho a la de María Antonia. Tuvo cuatro hijas. Murió destilando un orín dulce que manchaba su ropa. Al igual que Eligio y Josefina, Caterina tenía el don de sanadora. Levantaba la molleja de los niños introducien-

do dos dedos en la boca, bastaba que pusiera sus manos sobre un cuerpo para que el dolor desapareciera y acertaba sin error el trabajo de un parto. Josefina curaba de mal de ojo y Eligio, quien conoció los poderes de una variedad de peces y ovíparos marinos, sanaba con los secretos del mar.

A la otra Felicia la marcó el nombre. Tan parecida a la primera que muchos años después los Torrescano creyeron que miraban a su madre. Felicia creció oyendo el mito de su abuela. La historia que contaron los Félix y la que los Guerrero callaron para que no perdurara en la memoria de María Antonia. La historia de la que hizo múltiples lecturas, hasta que Felicia Arredondo se convenció de que lo merecía todo. Se negó a bajar a la cocina, a aprender a bordar lentejuela y chaquira a los vestidos de noche que salían del taller de María Antonia. Se negó al trabajo cotidiano. Adoró a Pánfilo porque le había dado por madre a una Guerrero, porque rechazaba la disciplina y los horarios, porque tuvo tiempo para pasear con ella por el muelle de Topolobampo y tirarse a medio campo viendo el sol ocultarse en el horizonte, porque la sentó en sus piernas y la adormeció hasta quedar hecha un ovillo entre sus brazos.

A los quince años, la otra Felicia se pareció a su abuela como un óleo sin el último retoque. Como una pieza no acabada, con una estructura física frágil, a punto de quebrarse y una belleza huraña que obligó a Rosario Buelna a mirarla.

—Me robó —le dijo a María Antonia cuando volvió, y se sentó en la mecedora de la estancia a esperar un vaso de agua de horchata.

Rosario no supo nunca lo que pasó. Cuando la tuvo frente a él sintió el mismo calor que lo inundó el día que corrió a sofocar con su capa el cuerpo de su esposa encendido

de pronto y sin razón alguna. Sintió que si no la abrazaba en ese momento la perdía, que si no la sostenía se desvanecería como se habían desvanecido otras cosas en su vida.

Al escucharla, María Antonia dejó caer los lienzos de lino. Pánfilo la abrazó.

—Felicia, no tienes que temer, esta es tu casa.

Josefina y Catalina levantaron los lienzos y abrieron las ventanas para que el viento fresco penetrara y limpiara la atmósfera, sofocada por el desvanecimiento de María Antonia sobre el piso de baldosas.

Josefina se prometió ese día que saldría vestida de novia. Nació prematura y tuvo siempre una constitución pequeña y frágil. Los que conocían a las hermanas decían que era la más bella y etérea. Se casó a los dieciocho años con un hombre de cuarenta que nunca la tocó. Pero a Josefina no le importó porque se moría, se consumía día a día. Uno no sabe cuándo va a morir, pero el cuerpo sí lo sabe. Ese día se levantó y visitó a su madre.

—Madre, ¿dónde has dicho que vive la abuela?

—En el norte. ¿Por qué lo preguntas?

—Voy a buscarla —respondió Josefina.

Se sentó en un sillón, cerró los ojos y no los volvió a abrir. María Antonia no volvió a sonreír. Murió envejecida por sucesivas maternidades, doblada sobre la máquina de coser, destilando un orín dulce, mientras Pánfilo perdía su casa en un juego de póquer.

33

El mismo año que Felicia cumplió cincuenta y cinco años, la Compañía Inglesa vendió a una empresa minera de Arizona su proyecto de kilómetros de vías de trenes, convertidos en plataformas, toneladas de rieles y durmientes. Las casas de pino rojo de los ingleses en San Quintín se reembarcan, madera por madera. Los muelles se destruyeron, el molino sucumbió al abandono y en el panteón de San Quintín, con sus tumbas orientadas a Inglaterra y sus lápidas decoradas con ángeles, quedan para siempre los huesos de los primeros colonos mientras la postería que sirve de base al muelle resiste el embate de las olas.

Ensenada de Todos los Santos pasó a ser solo Ensenada, ante la confusión con la correspondencia dirigida a Todos Santos en el Distrito Sur. Tecate quedó como estación intermedia del ferrocarril San Diego-Arizona, que atravesó Tijuana, y este mismo año, 1915, el coronel Esteban Cantú cambia la capital a Mexicali, desquiciando la actividad política, militar y comercial en el puerto.

Felicia envejece. Su epidermis adelgaza, ha perdido elasticidad y aparece más delgada, más pálida y transparente. El número de células que contienen melanocitos disminuye. Las líneas gravitacionales le marcan el rostro. Mira sus largos dedos y percibe las venas que empiezan a traslucirse bajo la piel, anunciando el paso del tiempo.

Se desplaza por las estancias ahora vacías. Entra al despacho que es también biblioteca, donde no ha movido ni una hoja, ni un mapa.

Por la tarde llena la tetera inglesa de agua hirviendo. Coloca el té, mezcla de dos terceras partes del té afrutado de Ceilán y una tercera del fuerte té de Assam. Llena las tazas como si Jesús Torrescano estuviera

sentado frente a ella. Sale al portal. Toma té en una taza de porcelana opalina decorada con un dragón azul emergiendo del océano. Cierra los ojos y escucha el aleteo de las gaviotas de picos robustos y largos, de patas amarillas y plumaje blanco.

Entra a la casa. Avanza con cautela para no tropezar y se detiene frente a la ventana abierta, con la cortina agitándose al viento. Ve llegar a Francisco sosteniendo un ramo de flores en la mano, seguido de Aquiles e Hilario.

Se da cuenta, como una epifanía, de que las piezas están a punto de moverse sobre el tablero de ajedrez, de que de pronto, todas las piezas, como en un rompecabezas, han encontrado su sitio y de que está incluida en él. Antes de abandonar Ensenada recibe en su casa a Harry Johnson, migrante noruego que cultivó cebada y trigo en Punta Colonnet, enriqueció en las minas del valle de Santa Clara y terminó habitando el rancho San José. Como otros colonos, se desplaza a San Diego. A ambos los atemoriza la revuelta de Flores Magón, la posibilidad de que este grupo llegue a Ensenada, donde se localizaba la jefatura política y militar, defendida solo por el octavo batallón Compañía Fija Norte, que lucharon en defensa del gobierno Porfirio Díaz y del territorio nacional.

Nunca llegó a recorrer la península en sus cuatro puntos cardinales, ausentes las rutas imaginadas de los trenes que quedaron trazados en un mapa inconmensurable. Cartografía extraviada en el escritorio de un ministro inglés o guardado en el archivo de Buchanan Scott. Ahora, en el tránsito último de Ensenada a San Diego, recorre kilómetros de mar abierto, más impresionante que cualquier otro paisaje que imaginara. El frío que la obliga a cerrar el abrigo, le recuerda que está en las aguas heladas de la corriente de Alaska.

Llegó con dos maletas y sin pasaporte. Ningún agente migratorio lo solicita cuando arribó al puerto de San Diego. La reciben Ester y Federico Fuentes con una recién nacida en casa, Beatrice, que morirá dos años después. En San Diego la esperan ocho nietos más, las hijas de Aquiles: Florencia, Filipina, María Ildefonsa, María y Eva, y los hijos de Francisco: Federico, Fernando y Enrique.

Le ofrecen café. Escucha a Aquiles en el teléfono, dedicado a reclutar mexicanos residentes en ese lugar para que fueran a luchar a Baja California para defender el territorio nacional de la invasión en la que estaba involucrado el gobierno de Estados Unidos. Firmará después un documento denunciando al gobierno de México tal hecho. Toma una tarjeta de presentación de la mesa ratonera.

Aquiles Torrescano
Lower California Brokeage.
Toda clase de documentos y despachos aduanales
42/6th Street Main 4464.

Cansada, va a la cama con la sensación de que ha perdido algo, no puede recordar si es un collar de perlas, regalo de Jesús Torrescano vendido por José Gastón Vivés en La Paz, si es broche de plata comprado en el comercio de Jorge Ibs o es la sensación inexplicable de la pérdida del mundo que dejó otras, irrecuperable y único en la memoria y en el tiempo.

Busca mapas antiguos en la biblioteca de San Diego. Encuentra una nota sobre el Atlas *Theatrum Orbis Terrarum*, de Abraham Orteluiuss, geógrafo oficial del rey de España Felipe II. Ahí aparece la península con el nombre California. Piensa en el fin del mundo como un sitio al que falta mucho tiempo para arribar o como un *long time*, que

no es lo mismo. El fin del mundo está en su imaginación, se dice, porque afuera hay otro mundo, una experiencia de vida que puede terminar en un segundo. Se preguntó, en las largas noches de insomnio, dónde estaba el escenario de *finis terrae* que su padre eligió como su destino.

34

Sueño un mundo paralelo nunca habitado y sin embargo conocido. Sueño olores y voces, el sonido de trenes, el rumor de las olas, el movimiento de las espigas de trigo, el color amarillo de la mostaza cubriendo la colina. Sueño abismos marinos y minas de oro.

Veo el huerto donde corrí con mis hermanas persiguiéndonos una a la otra hasta encontrarnos metidas hasta la cintura en el río, tendidas en el huerto comiendo mangos bajo la sombra de los árboles. El espacio donde mi padre me levantó en brazos y me miró a los ojos. El largo corredor donde camino hasta la oficina de mi padre para desplegar los mapas y hacer girar el Atlas para que los continentes se desprendan y floten en un cielo azul. Me veo atravesando los amplios corredores de la hacienda de los Félix, seguida por dos niños que me llaman y cuyas voces se alejan, cruzando en un alazán la montaña que se eleva esperando salir a salvo de una lluvia intermitente.

Veo las dos habitaciones de la aduana de Tijuana construida de adobe, los cuarenta habitantes, albergándose en ocho casas de madera, el comercio de Jorge Ibs y los campos de cebada de los Bandini, los molinos de trigo en San Quintín y los veintisiete kilómetros de vías férreas abandonadas, tendidas en un punto al infinito.

Navego en el mar de Cortés, invadido de luz solar y de microorganismos, donde descansan los elefantes marinos, uno sobre otro, tendidos sobre la arena, inmóviles como rocas, y surgen los bancos de langosta de Punta Banda, San Martí e isla de Cedros. Vuelo entre gansos y patos de collar, cormoranes y cigüeñas, entre la gaviota ploma y la de patas amarillas y el pájaro bobo de patas azules que arriban invadiendo el paisaje. Vuelvo a sentir en la lengua el sabor de abulón, de atún, del dorado, el jurel y la sardina.

Transito sobre las líneas de ferrocarril tendidas por yaquis y chinos que se extienden de Tijuana a la bahía de los Ángeles, pasando por la bahía de Ensenada de Todos Santos, el valle de La Trinidad y San Quintín. Por los más de mil kilómetros de vías del ferrocarril peninsular que trazó Richard Stevens y se perdieron en un incendio. Sobre las 1,800 toneladas de rieles de acero que fueron llevadas en barcazas hasta el muelle de San Quintín, donde se precipitaron al fondo del mar siguiendo otra ruta con distinto destino.

Me hundo con el movimiento de la placa del Pacífico que penetra por el golfo de California y hacia el norte de la falla de San Andrés, desplazando la península hacia el norte, separándose de México y convirtiéndose en una isla.

Ahora, muchos años después, solo me reconozco en todos los paisajes de desierto, de oasis y de mar que he visto, en el rumor de las olas, en la fauna marina de ballena y de focas, de lobos y elefantes marinos. Me reconozco en los hombres y mujeres que conocí y en el acento de su lengua noruega, alemana, francesa e inglesa, en los mares que crucé, en la bruma que cubrió la ciudad, en el tránsito siempre al norte. Sueño la ciudad de quince manzanas donde quedó el cuerpo de Jesús Torrescano sepultado entre arenas. Enterrado en una isla fantasma.

En febrero de 1950, Fernando Torrescano, hijo de Felicia, cruzó la frontera de San Diego a Tijuana para hospedarse en el Hotel Caesar's. Caminó por la avenida Revolución, se detuvo a comprar cigarros. La mujer que lo atiende le sonríe y Fernando la observa sorprendido por el parecido con Felicia.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Caterina Arredondo Guerrero.

—¿Dónde naciste?

—En Bamoa, Sinaloa.

Volvió una y otra vez. Conoció a Eligio y a la otra Felicia. Preguntó. Desenmarañó la madeja. Se enteró que Felicia, su madre, la intachable matriarca de los Torrescano, los había engañado a todos, o más bien, se edificó como una construcción imposible de vulnerar. Fernando Torrescano, veterano de la primera guerra mundial. El tío Fernando como lo llamó la familia en Tijuana, que insistió en llevar a la otra Felicia, su hija y su nieta a San Diego. Las recibieron con cortesía, con escepticismo, con el deseo de dejar todo atrás, no saber más del pasado, enterrar la historia en un sin lugar y en ningún tiempo. En el fin del mundo.

Posdata

Te sueño, Felicia, con tu vestido de lino blanco, tomando té en el Horton Grand Hotel. Desayunando en el Hotel Coronado, construido en un área arenosa poblada de conejos y coyotes, por inmigrantes chinos traídos de San Francisco y Oakland. Caminando en San Diego, en el viejo centro donde se levantan edificios de cinco pisos, ya tan cosmopolita en 1915. Aún hoy, cuando transito en automóvil por la calle F para entrar a Horton Plaza, busco tu imagen reflejada en las ventanas de un edificio rescatado de la desaparición por la fortuna de un proyecto que preservó ese vestigio del pasado.

Te imagino en la Feria Internacional Panamá-California, caminando a lo largo de El Prado, el largo y amplio paseo que atraviesa el centro del parque Balboa —más grande que el parque Central de Nueva York— llevada del brazo de Aquiles. Ya tan lejana a tu origen. Ya tan cercana a lo que al final llegaste a ser: la memoria de una vida que resignificaste, olvidando —si acaso los olvidaste— a María Antonia y a Horacio. La invención de una identidad que se sobrepuso a la memoria de tu único pasado porque tú misma te volviste el presente, armada tu vida como las piezas de un puzle que termina siendo un rompecabezas.

Busco mi origen en tu origen. En las actas que rescato del registro civil de Ensenada. En el archivo histórico de Pablo L. Martínez, donde aparece el matrimonio civil de Ester Torrescano y Federico Fuentes el 18 de junio de 1899, en la página 781, y el nacimiento de su primera hija el 29 de enero de 1900 en la página 843. Te busco en las notificaciones de decesos y entierros en el Memory Cementery de San Diego, donde yacen enterrados tus hijos y tus nietos; en la historia de la aduana en el territorio norte de Baja California, donde el nombre de Marcelino Torrescano aparecen como director de las aduanas de Ensenada y Tijuana, y donde el nombre de Jesús Torrescano se presenta indistintamente como director, contador oficial y como como tenedor de libros en la aduana Tijuana. Encuentro, en los diarios The Lower California y El Fronterizo, tu nombre y el nombre de tus hijos en un evento social, en un anuncio comercial, en una acusación presentada ante don Venustiano Carranza por mexicanos refugiados en San Diego, California, donde firma Aquiles Torrescano en contra de Esteban Cantú por su labor negativa al Movimiento Constitucionalista en el Distrito Norte de la Baja California. Aparece el acta de defunción de su hijo, nacido en San Diego y muerto en 2004, quien sirvió a la Marina durante la Segunda Guerra Mundial.

Te recupero en Word Vital Record.com en San Diego, ciudad donde la Marina de los Estados Unidos estableció una base militar. Localizó tu casa en el Old Town, en esa colina donde sobreviviste a dos guerras mundiales y donde el 14 de agosto de 1945, a los 75 años de edad, diste gracias a Dios porque tus nietos retornaban y en 1953 lloraste a Ester que se marchó antes que tú lo hicieras.

Estos hechos no significan nada, pero lo determinan todo. Me he apegado a notas en los libros de historia,

en textos de tesis y ponencias, en renglones escondidos escritos con letra pequeña donde se pierden los nombres y los hombres. He llenado de imaginación las descripciones que han hecho tus bisnietos, que no te conocieron y repiten la historia oral y el mito de tu presencia en un espacio perdido en el tiempo, que me empeño en recuperar porque al hacerlo me confirmo en el mundo.

Reconstruyo la imagen de ti misma en otra tierra y otro clima, en un desplazamiento individual que te cambió, que te permitió diferenciarte o y al mismo tiempo ser reconocidos por otros, desestructurada y reconstruida a la luz de tu presencia. Nadie te conoció nunca. Siempre tuviste un halo de misterio y de ausencia. Dejaste atrás todo para habitar un mundo diferente a tu origen, que incluía la topografía y la orografía, los peces y las aves, los paisajes, el mar, el clima y el idioma. Solo tu estructura física no se modificó. Aún anciana conservaste una piel que se volvió traslúcida, unos pómulos altos, unos ojos que parecían atravesar con la mirada, un cuerpo frágil.

Lo dejaste todo y no volviste nunca la cabeza. Los Félix lloraron porque te habías marchado sin despedirte. Los Guerrero cerraron la puerta para que nunca más volvieras a entrar, gloriosa y radiante, a La Tasajera. María Antonia buscó tu cuerpo y el olor de tu seno, y a punto de morir te llamó para que volvieras y colmaras su hambre. Horacio resintió tu ausencia y te encontró muchos años después para decirte que no te extrañó nunca, para hacerte infeliz como tú lo habías hecho al marcharte: para saber cómo eras porque quién eras no lo sabría nunca.

Cambiaste el destino de todos. El destino de los Guerrero que no pudieron vivir contigo y el de los que no aprendieron a vivir sin ti. El destino de los Félix que te amaron y odiaron al mismo tiempo, el de los Félix Sánchez

que te nombraron para hacerte responsable de su desgracia y te conocieron en la memoria de otros, en otro sitio y otro tiempo, el destino de los Arredondo que resintieron siempre tu ausencia y la nostalgia de una memoria.

Te encontré siguiendo la dirección de la veleta en la memoria de mi abuela, la otra Felicia, que siempre te añoró y en el momento de su muerte me pidió que te rescatara. Te encontré en las cartografías recuperadas y la historia reconstruida de la península, en las ruinas que ya no existen. En la ficción que escribo para que yo lo crea y lo crean los que lo leen, y seas sólo una pieza en un tablero de ajedrez donde se libran todas las batallas, con la sola posibilidad de dejar caer la última pieza. El límite del mundo. El fin de la tierra.

ÍNDICE

Primera Parte..... 9

Segunda Parte..... 25

Tercera Parte..... 33

Cuarta Parte..... 65

Posdata..... 89

LA RUMOROSA MR
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

"Con *Felicia* estamos ante una obra donde, como sucede en pocas ocasiones, se da el encuentro preciso de la memoria con el sueño y la imaginación. Ambientada en la Baja California de finales del siglo XIX y comienzos del XX, nos adentramos en la vida de Felicia, una mujer cuyas vicisitudes la llevan por una serie de caminos donde tanto ella como la joven región coinciden y se desarrollan en medio de una intensa historia familiar en la que el tiempo por sí mismo se convierte en juez y parte.

De este modo, Ruth Vargas Leyva nos presenta una novela cuyo valor se robustece no solo por su técnica y precisión —de las que deja testimonio en la riqueza de imágenes poéticas y la múltiple combinación de paisajes—, sino por brindarnos una narración abundante en formas y referentes que permiten comprender, a través de la saga familiar de los Torrescano, una de las etapas más relevantes de la historia bajacaliforniana".

Juan Carlos Zamora

Ruth Vargas Leyva es miembro fundador del taller de poesía Voz de Amerindia de la Universidad Autónoma de Baja California. Ha publicado *Celeste y ocho poemas* (Instituto Tecnológico de Tijuana, 1986), *Poemas del ordenador* (Ediciones Sitiohabitable, 2008), *Solo estamos de paso* (Ediciones Sitiohabitable, 2011), *Ciudades visibles* (Desliz Ediciones, 2016), *Retorno a la ciudad* (Nódulo Ediciones, 2016) y *Los nombres pendientes* (Programa Editorial de CETYS Universidad, 2019).

Su trabajo poético forma parte de las revistas del taller de poesía de la Universidad Autónoma de Baja California, *Amerindia* y *Revista Hojas*, así como de la revista de la Escuela de Humanidades. Está incluida en las antologías *Siete poetas jóvenes de Tijuana* (1974), *Parvada. Poetas jóvenes de Baja California* (1985), *Border Literature* (1989), *Un camino de hallazgos. Poetas bajacalifornianos del siglo XX* (1992), *Baja California, piedra de serpiente* (1993), *La Bajacaliforniada. Antología de textos literarios publicados por la UABC 1957-2006* (2006), *Nuestra cama es de flores. Antología de poesía erótica femenina* (2007), *Don de palabra* (2011), *La ciudad. Encuentros y desencuentros* (2016), *Siete poetas jóvenes de Tijuana. Entonces/Después* (2019), *Fuentepalabra* (2019) y *Cancionero de la pandemia* (2020).

Doctora en Educación por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, maestría en Evaluación en la Universidad del Valle de Guatemala, diplomada en Cultura de la frontera norte, por el COLEF y licenciada en economía por la Universidad Autónoma de Baja California. Ha sido becaria del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y de la Fundación Ford. Actualmente es profesora investigadora en el Instituto Tecnológico de Tijuana, ciudad donde reside.

BAJA CALIFORNIA — GOBIERNO DEL ESTADO —
SC SECRETARÍA DE CULTURA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
ICBC INSTITUTO CULTURAL DE BAJA CALIFORNIA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN Gobierno del Estado de Baja California